

DIMENSION TEMPORAL DE LA PLANIFICACION *

POR

ANGEL MARTÍN DEL BURGO Y MARCHÁN

SUMARIO: I. El tiempo en la planificación.—II. La planificación: acción prospectiva.—III. Planificación y relación de causalidad histórica.

I

EL TIEMPO EN LA PLANIFICACIÓN

De las múltiples perspectivas desde las que puede ser contemplada la planificación, se opta, para abrirnos camino en el estudio de la misma, por la que, sin duda, puede ser considerada más sutil y elemental: por la perspectiva temporal. La elección, innecesario es decirlo, es producto de nuestro más puro arbitrio. Es el resultado de una visión

* El presente estudio está formado por los capítulos II, III y IV de un libro en proyecto, ya muy avanzado, sobre la planificación y sus ideas cardinales, escrito en forma de ensayo, pensando en el "gran público". Nuestra idea inicial, que es la que suele ser más acertada, era la de lanzar un libro de los llamados "de bolsillo" al amparo del *boom* o, mejor aún, de la moda reinante, en este tipo de publicaciones. Sin embargo, ante nuestra inexperiencia, nos ha parecido oportuno, tras sabios consejos, dar a la publicidad, dentro de un círculo de posibles lectores más reducido y selecto, a la vez que más familiar, las primicias de parte del trabajo desarrollado, con el fin de pulsar la reacción del lector más culto y especializado, si es que tenemos la fortuna de contar con alguno que tenga la paciencia de seguirnos. De esta forma, al *ensayar* sobre el proyectado *ensayo*, intentaremos que el *boom* de que hablábamos no se convierta para nosotros en un *boomerang*.

El libro en cuestión, condicionado a lo que acaba de apuntarse, podría responder aproximadamente al siguiente sumario: I. *El tiempo en la planificación*.—II. *La planificación: acción prospectiva*.—III. *Planificación y relación de causalidad histórica*.—IV. *La planificación: su visión retrospectiva*.—V. *La planificación: un reto*.—VI. *La planificación: un mito*.—VII. *La planificación: una utopía*.—VIII. *La planificación: una contra-utopía*.—IX. *La planificación: una técnica*.—X. *La planificación: una actividad racionalizada*.—XI. *La planificación: una actividad coordinada*.—XII. *La planificación: una actividad eficaz*.—XIII. *Planificación e ideología*.—XIV. *Planificación y realidad*.—XV. *Planificación y Presupuesto*.

eminentemente personal y subjetiva, al menos por la preferencia y el relieve que a este elemento se le da aquí.

Se ha intitulado el capítulo “El tiempo en la planificación”, aunque está resultando apremiante el empleo del retruécano, porque es más justo decir: la planificación en el tiempo. Pero, ¿acaso puede acontecer de otra manera? Quizá la planificación, si se presenta como simple “noumeno”, si es que es posible contemplarla como teoría pura, puede merecer la estimación de intemporal, pero de ninguna manera si, como ahora ocurre, la planificación aparece como *fenómeno*, esto es, como suceso o desarrollo de un proceso real. En esta versión, la planificación ha de discurrir, forzosamente, en el tiempo.

Queda por ver la importancia de esta circunstancia ante los interrogantes que ofrece la propia idea del tiempo. Idea que, junto a la del espacio, constituye uno de los temas más fundamentales del pensar filosófico. Pensar que, tanto respecto de un elemento como del otro, ha llegado a la conclusión de que ambos —espacio y tiempo— no son ni sustancia ni accidente de nada distinto de ellos mismos (1). Porque lo que en el tiempo se extiende no es nunca el tiempo mismo, sino un contenido, algo real: la marcha de los acontecimientos. El tiempo transcurre indiferentemente a todo esto (2). De ahí que pueda sentarse esta categórica consecuencia: el tiempo real no existe. Su manera de ser es la misma que la del espacio real, la de una mera condición, aunque con una importante diferencia, en cuanto en él no es dable una riqueza de figuras, como ocurre con el espacio, puesto que todas las relaciones que entran en juego en él, y que no se agotan en un lineal ir lo uno detrás de lo otro, tienen que superponerse (3). Por eso la misma magnitud angular, específicamente espacial, no puede darse en el tiempo, puesto que la dimensión del tiempo —única— sólo admite una especie de magnitud, la de la extensión temporal: duración (4).

No faltan, desde luego, en esta materia, motivos para la perplejidad y el anonadamiento. Por un lado, no ha existido inconveniente en afirmar que “el tiempo no es nada en sí objetivamente”; que “no es más que una idea nuestra...” (5), lo que no ha sido óbice para que, por

(1) Nicolai HARTMANN: *Ontología*. Fondo de Cultura Económica, México, 1.^a edición en español, vol. IV, p. 168.

(2) N. HARTMANN, *ob. cit.*, vol. IV, p. 160.

(3) N. HARTMANN, *ob. cit.*, vol. IV, p. 161.

(4) N. HARTMANN, *ob. cit.*, vol. IV, p. 168.

(5) Paul LACOMBE, citado por Fernand BLANDEL: *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial, Madrid, 2.^a edic., 1970, p. 98.

otro, se considere este tema como uno de los problemas humanos básicos, hasta el punto de poder afirmarse que el escribir sobre el Pasado, el Presente y el Futuro constituye uno de los más “grandiosos y vastos temas” (6).

Y es que el tiempo “es un venir de lo aún no existente, que es el futuro, para ir a lo ya no existente, que es el pasado”; es un transcurrir “de lo que *aún-no-es* a lo que *ya-no-es*”, pasando por un presente que constantemente “*deja de ser*” (7). Mas a pesar de esta volatilidad del tiempo, es del todo inútil pretender negarlo. El tiempo existe y hay que contar con él. Es más: hasta hay quien nos da del mismo una visión gigantesca y omnipotente, diciendo que es a modo de un monstruo que todo lo produce, para luego, después, devorarlo todo de nuevo.

Sin llegar a estas deformaciones, lo cierto es que, como señala Arturo GARCÍA ASTRADA, “una de las experiencias más íntimas y cotidianas es la que testimonia que nuestro existir transcurre en medio del tiempo” (8). Y en medio del tiempo transcurre y ha de transcurrir la planificación. Inexorablemente.

La planificación no sólo es que discurra, como no puede ser por menos, en el tiempo, sino que éste se convierte en uno de sus principales factores. La planificación implica ante todo la realización de una actividad prospectiva y futurista. Está animada esta actividad por una idea optimista de desarrollo, mejoramiento y progreso. Pero ¿quién se aventura a este tipo de acción, a base de contar fundamentalmente con el mañana, si el mañana fuera problemático en su propio existir? De ahí lo acertado del pensamiento de John B. BURY (9), al decir que, “dado que el tiempo es la condición esencial para la posibilidad del Progreso, es obvio que esta idea carecería de valor si tuviéramos razones convincentes para pensar que el tiempo de que dispone la Humanidad llegará a su final en un futuro próximo. Si hubiese razón para pensar que la Tierra se convertirá en inhabitable hacia el año 2000 o 2100, la doctrina del Progreso perdería su significación y desaparecería automáticamente”. Opinión que, por identidad de razones, es perfectamente aplicable al instituto que nos ocupa. Pero no; nada hay que temer a este respecto. El mismo John B. BURY se encarga de tranquilizarnos, diciéndonos unos renglones más adelante que “... la posibili-

(6) SHELLEY, citado por W. H. G. ARMYTAGE: *Visión Histórica del futuro*, Ed. Península, Barcelona, 1971, p. 58.

(7) Arturo GARCÍA ASTRADA: *Tiempo y Eternidad*, Ed. Gredos, Madrid, 1971, p. 13.

(8) A. GARCÍA ASTRADA, *ob. cit.*, p. 13.

(9) John B. BURY: *La Idea del Progreso*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 17.

dad del Progreso está garantizada por una alta probabilidad, basada en la ciencia astro-física, de un inmenso tiempo en el cual progresar”.

Jean ROSTAND (10), que a sí mismo se ha preguntado si la Humanidad durará aún mucho tiempo sobre la Tierra, después de ir rechazando una por una las distintas hipótesis que se han ido manejando sobre posibles causas de extinción de nuestra especie (suicidio cósmico, degradación de sus genes, senilidad, aparición de la bestia destructora, microbios o virus nuevos, experiencias de laboratorio, etc.), sólo termina admitiendo que, con el tiempo, la Tierra se enfriará; pero, para tranquilidad de nuestros descendientes, afirma que, según los astrónomos, esto no ocurrirá antes de un trillón de años.

La Humanidad casi puede decirse que es inmortal, compensando así la fugacidad de la vida de sus componentes. Pues bien, es precisamente por este enorme contraste entre el inmenso futuro de la Humanidad y la precariedad y perentoriedad del existir de los seres humanos; es por esto y por el instinto de prolongar los mortales su corta vida con obras que se proyecten hacia generaciones sucesivas, por lo que el hombre ha sentido, y ahora más que nunca, una ansiedad por el tiempo. La ansiedad a que se ha referido W. H. AUDEN, calificada por él de “problema humano básico” (11).

La planificación, por su razón de ser, por su alcance y metas, es una de las actividades del hombre en la que éste *vive* y *siente* el tiempo con especial intensidad. La idea planificadora responde, entre sus impulsos más decisivos, al sentido de la prisa y de la impaciencia, lo cual implica ciertamente una toma de posición en una dimensión temporal. El tiempo viene a constituir una de las principales coordenadas de toda empresa planificadora. Con ésta, nos atrevemos a decir, se instaura una actividad de “reloj y almanaque”.

El planificador tiene que administrar muchas cosas, y entre ellas, y no la menos principal, ha de administrar el tiempo. Ha de administrarlo como ha de administrar los demás bienes escasos, según afirma, refiriéndose al hombre en general, el hombre economista Ludwig von MISES (12). Esto es, ha de administrarlo gravemente preocupado por su economización, porque el discurrir del planificador y de toda su generación, es irreversible e irreplicable y con un final previsto a corto plazo.

(10) Jean ROSTAND: *El Hombre*, Alianza Editorial, 3.^a edic., 1970, pp. 184 y ss.

(11) W. H. AUDEN, citado por W. E. G. ARMYTAGE, *ob cit.*, p. 251.

(12) Ludwig von MISES: *La Acción Humana (Tratado de Economía)*, Editorial Söpec, S. A., Madrid, 1968, p. 142.

Pero no es sólo esto, pues el tiempo disponible por el planificador no viene limitado únicamente por la parvedad de su capital biológico, sino por las restricciones impuestas por la propia tarea planificadora. Restricciones que marcan lo que Preston P. LE BRETON (13) ha calificado de “tiempo disponible”, definiéndolo como “el lapso de que dispone el planificador, desde el momento en que advierte la necesidad de formular un plan hasta que se requiere el plan para su ejecución”.

Desde luego, esta administración económica del tiempo constituye un fenómeno que empezó a agudizarse en la época industrial, pero que con la planificación ha llegado al paroxismo, pues el hombre, como ha advertido con suma agudeza Georges FRIEDMANN (14), “no es el mismo, no siente, no actúa ni piensa de la misma manera en todas las épocas de su historia ni en todos los medios en que vive y mucho menos en cualquier medio técnico en que se desarrolle...; el hombre modifica su medio y, a través de su medio, se modifica él mismo y se proyecta hacia nuevas transformaciones”.

Cada época marca un ritmo y un *tempo*. De ahí que el citado autor nos diga que nada de extraño tiene que los hombres de una época tengan un sentido de la duración diferente al de los hombres de otra época distinta (15). Lucien FEBVRE ha puesto de relieve la existencia de un “tiempo flotante” o “tiempo durmiente” en Europa occidental hasta finales del siglo XVI (16). Los verdaderos relojes son raros y rudimentarios, y sólo funcionan unas horas. Un poco más extendidas están las clepsidras de arena y las de agua. La gente apenas si sabe su edad y la fecha exacta de su nacimiento. FRIEDMANN pone como ejemplo de esto nada menos que a un ERASMO, un LUTERO un RABELAIS. En cuanto a la masa de población, ni siquiera —dice— se ocupa de estas precisiones cronológicas. Es un mundo feliz a su manera, que vive sin saber la hora exacta que es en cada momento, pero en el que no faltan ciertos puntos de referencia (la posición del sol, etc.) para estar orientados, dentro de la vida pausada de aquellas sociedades.

(13) Preston P. LE BRETON: *Administración General, Planeación y Ejecución*, Fondo de Cultura Económica. México, 1.^a edic. en español, 1969, p. 84.

(14) Georges FRIEDMANN: *El hombre y la técnica*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1970, páginas 16-17.

(15) G. FRIEDMANN, *ob. cit.*, p. 23, nota 15, a propósito de las diferencias en la percepción del tiempo, según los medios naturales o técnicos, se remite a la obra de L. BERNOT y R. BLANCARD, *Nouvelle, un village français*, París, 1953, pp. 321-332, y a las reflexiones de Jean DARC sobre “tiempo natural” y “tiempo técnico”, en *Villes et Campagnes*, pp. 416-418.

(16) Lucien FEBVRE: *Le problème de l'incroyance au XVI siècle*, París, 1942, páginas 426-434.

Las diferencias en el *ritmo vital* no se han producido sólo a lo largo de la Historia, sino que los estudiosos las han encontrado también en razón a la geografía. “Los orientales, se ha dicho (17), sonrían cuando oyen a un europeo moderno pronunciar sin cesar la palabra *rápido*. No menor fuente de asombro para el asiático es la manera como el europeo concibe el tiempo. A éste le hace falta siempre un tiempo exactamente medido para hacer cualquier cosa para ordenar su trabajo y hasta los gestos inútiles de su existencia.” Podríamos poner un ejemplo muy actual y altamente aleccionador: la guerra de Vietnam. Los vietnamitas utilizan el tiempo como arma, como principal arma de desgaste y de cansancio del enemigo, mientras que los americanos luchan contra el tiempo, obsesionados con las fechas de victoria o de retirada. Todo lo piensan con el calendario a la vista, adelantando con precisión cronológica lo que se proponen hacer.

Esta preocupación por la velocidad, extraña a los asiáticos, también lo era para los rusos del antiguo régimen; todavía en 1939 —apunta G. FRIEDMANN— los rusos de edad no podían acostumbrarse a los ritmos intensos de los planes quinquenales (18). Sin embargo, consideramos más acertado pensar que estas diferencias se producen en atención al distinto desarrollo técnico de un país con relación a otros. El ejemplo de Rusia es aleccionador a este respecto. Es por esto por lo que el citado G. FRIEDMANN indica que en América latina la puntualidad es muy incierta y que allí, cuando se quiere fijar una cita con exactitud, se precisa diciendo: “hora inglesa”.

Pues bien, la planificación, y cuanto más intensa y generalizada se presenta en un país, tanto más influye en que la vida de éste discorra *cronológicamente*, siguiendo un orden acompasado, un ritmo, en el que se van sucediendo las previsiones y las realizaciones. El tiempo no se vive indiferentemente, sino, por el contrario, con premeditada y hasta obsesiva preocupación. El planificador no plantea su obra *sine die*, sino a fecha fija, como si se tratara de una letra de cambio. Todo el engranaje de su obra viene montado con relación a determinados momentos, a unos hitos temporales, que van jalonando con precisión matemática el discurrir de instituciones y de grandes esferas de vida de la Administración y de la comunidad nacional.

Los planes se suceden unos a otros, sin solución de continuidad entre ellos, con precisa y exacta puntualidad. La historia de las naciones em-

(17) GRENARD: *Grandeur et Décadence de l'Asie*, París, 1939, p. 209, citado por G. FRIEDMANN.

(18) Georges FRIEDMANN: *De la Sainte Russie a l'URSS*, París, 1938, pp. 45, 76 y ss.

pieza a estar marcada en función de esta sucesión de planes, como antes lo estaba en función de la sucesión de reyes o de batallas importantes.

El plan, nos atrevemos a decir, produce un marchamo en el flujo del tiempo, señalado por las fechas de su comienzo y de su terminación. En él se contiene el orden de secuencias, conforme a las previsiones del mismo. Hay una *condensación temporal* del acontecer del plan. El tiempo actúa como *principium individuationis*, como elemento identificador de cada plan, para localizarlo y diferenciarlo de los restantes. Esto se consigue marcando a cada plan con un número ordinal: primero, segundo, tercero, etc., y fijando los años comprendidos en cada uno: 1960-1964, 1965-1969, etc.

Situados en esta dimensión temporal, podemos decir que los planes suelen clasificarse en cortos, medios y largos. Los planes cortos son aquellos que no sobrepasan el año de duración. Los medios son los que se extienden entre tres y siete años, aunque lo más corriente es que se fijen en cinco años (plan quinquenal) (en nuestro país, cuatro años). Los largos se extienden desde diez a veinte años.

La dimensión temporal no sólo interviene como elemento determinante de la vigencia del plan, sino también en su preparación. Porque la formación de un plan constituye una labor sumamente compleja, que requiere, entre otras cosas, una inversión de tiempo; "... se requieren dos años enteros para preparar apropiadamente un plan", nos dirá W. Arthur LEWIS (19). Serán necesarios para todo, al menos, dieciocho meses para este trabajo", apunta, por su parte, Charles BETTELHEIM (*Planificación y crecimiento acelerado*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, primera edición en español, 1965, p. 62).

Preston P. LE BRETON (20), uno de los autores que más han acentuado el análisis de la planificación en la doble vertiente: planeación-ejecución, ha situado en la primera, en lo que él llama "proceso de planeación", todo lo concerniente a la formación del plan, en el que examina las catorce etapas en que divide el proceso total:

1. Advertir la posible necesidad de elaborar un plan.
2. Formular con precisión el objetivo del plan que deba prepararse.
3. Preparar un esquema amplio de la proposición o plan.

(19) W. Arthur LEWIS: *Teoría de la Planificación Económica*, Fondo de Cultura Económica. México, 1.ª edic. en español, 1968, p. 150 y ss.

(20) Preston P. LE BRETON: *Administración General (Planeación y Ejecución)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1.ª edic. en español, 1969, p. 36.

4. Obtener la aprobación de la proposición.
5. Organizar el equipo de planeación y asignar responsabilidades.
6. Determinar el esquema específico del plan.
7. Establecer contacto con todas las unidades cooperadoras.
8. Obtener los datos necesarios.
9. Evaluar los datos.
10. Formular conclusiones preliminares y preparar los planes provisionales.
11. Someter a prueba los componentes de los planes provisionales y hacer ajustes donde se necesite.
12. Preparar el plan definitivo.
13. Someter a prueba el plan y hacer ajustes donde se necesite.
14. Obtener la aprobación del plan.

Expuesto esto sin más miras que las de recalcar la complejidad del proceso de formación de un plan, a efecto de demostrar la inevitabilidad del consumo de un lapso de tiempo considerable, ello nos exime de la labor crítica de tal enumeración, fruto de la visión subjetiva del autor, aunque la mayoría de los escalones en que divide este proceso estén contrastados por la experiencia. Anotemos, sin embargo, lo mucho que hay de convencional en esta prolija división del período formativo del plan, la posibilidad de simultaneidad o superposición entre varios de estos escalones, y, por último, la necesidad de eliminación de algún que otro de ellos, como sucede, verbigracia, con el 5.º (“Organizar el equipo de planeación y asignar responsabilidades”), cuando ya no se trata de formar el primer plan, sino de preparar los sucesivos, si la oficina o departamento de planeación ya está organizada permanentemente.

Pasando ahora al aspecto temporal del plan, a partir de su aprobación y vigencia, debe destacarse que el plan “corto”, en la terminología de LEWIS, apenas si ofrece utilidad para los fines inherentes a nuestro instituto. Podríamos decir —perdonen el pleonasma— que el “plan corto” se ha quedado “corto” a la empresa planificadora, algo así como un traje pequeño que no se lo puede uno poner. Claro que han existido planes “cortos”, planes anuales, y que actualmente siguen existiendo. Pero no como verdadero plan económico, sino como plan financiero: plan presupuestario, del que hablaremos *in extenso* en su momento oportuno. Mas, incluso dentro de éstos, el período anual va quedando chico, siendo ya muchos los países en los que hasta los presupuestos se forman para

un período de tiempo mayor, como ocurre en el nuestro (dos años), aunque este criterio haya sido recientemente modificado, volviéndose de nuevo al período anual.

No obstante, los autores hablan de plan anual, aun en los sistemas con planes de mayor tiempo de duración. El plan (medio o largo) incluirá un *timing* preciso—declara Charles BETTELHEIM— y cada año se elaborará un plan anual, a fin de ajustar los objetivos del año siguiente y los medios de realización a los resultados del año en curso y los objetivos del período quinquenal. Se irá preparando el plan del año siguiente—puntualiza— durante los cuatro últimos meses del año en curso (21). El plan anual, afirma LEWIS, no es un sustitutivo de los otros. Este es el plan de control, en el sentido de que es el único documento que, al ser aprobado por el Parlamento (generalmente en forma de un presupuesto de capital anual) autoriza a los ministros a gastar dinero; un plan de cinco a diez años no es un documento que autorice erogaciones; es solamente una manifestación de lo que se pretende hacer. El plan anual está funcionando como plan de control también, puesto que es el que compara, año con año, los recursos disponibles con los logros posibles. Los planes medios o largos, remacha, fijan la dirección, pero el plan anual es el documento operativo (22).

Puesto que estamos tratando ahora de la planificación en su dimensión temporal, seguiremos destacando algunos aspectos más de este factor. Punto principal, entre éstos, es el momento de arranque de la acción planificadora, la puesta en marcha de la misma, iniciadora del *take off* o *despegue* del desarrollo económico-social. Hay autores, como el citado LEWIS, que propugnan que este despegue se inicie con una evaluación de la perspectiva a largo plazo. Pone varios ejemplos, carreteras, puestos escolares, agricultura, etc., para abundar en esa idea. Estos ejemplos le sirven de base para sostener su tesis sobre la conveniencia de formular metas de largo alcance y de relacionar las acciones inmediatas con las perspectivas a más largo plazo. Todavía más: el objetivo principal de la planeación del desarrollo—continúa este autor— es dirigirse hacia el crecimiento autosostenido; por ejemplo, a crear un núcleo de potencial humano capacitado, a elevar el porcentaje del ingreso nacional ahorrado interiormente, a incrementar el conocimiento de los recursos naturales y de su positiva utilización y a crear instituciones que favorezcan la empresa y la inversión. Pues bien, des-

(21) Charles BETTELHEIM, *ob. cit.*, p. 62.

(22) W. Arthur LEWIS, *ob. cit.*, p. 151.

pués de resaltar lo anterior, LEWIS remata su pensamiento diciendo: "Todo esto requiere tiempo. La planeación del desarrollo es una actividad a largo plazo." No obstante encomiar tanto la conveniencia de iniciar la planificación con un plan decenal, llegando incluso a decir LEWIS que es una muestra de buena fe y de buenas intenciones, no tiene más remedio que admitir que un plan de diez años "pronto queda fuera de actualidad", por lo que llega a la conclusión de que "cinco años es un buen período para un plan, aun cuando no es inmensamente superior a tres, cuatro, seis o siete años, que *también son números populares*" (el subrayado es nuestro) (23).

Como puede observarse, hasta en esto de los números hay que tener cuidado a la hora de escoger. Porque, por lo que se ve, hay números con carisma y números aciagos. Sin duda, es por esto por lo que Alfred SAUVY se ha permitido hablar de la *magia de la cifra*, ponderando las *virtudes de la cifra redonda* (pone como ejemplo la expectación histórica que ha despertado la proximidad de un nuevo milenio: el año 1000, y ya, desde ahora, el año 2000, amén de presentar ciertos casos anecdóticos, en los que en la cifra ha querido ver el efecto de un *dato sacralizado* (24). En verdad, todo esto no debe sorprendernos, pues ya EUCLIDES, en el libro IX de los "Elementos", tercero y último que estudia la aritmética, donde incluye la demostración de la infinitud de los números primos, termina con la exposición de los *números perfectos*, también mencionados por PLATÓN, especialmente en un enigmático pasaje de su *República*, donde, en una oscura exposición de la eugenesia, llega nada menos que a presentar el *número nupcial*.

II

LA PLANIFICACIÓN: ACCIÓN PROSPECTIVA

Este capítulo puede ser considerado una prolongación del anterior, en cuanto la planificación continúa siendo vista en su dimensión temporal, aunque con un nuevo acento. El tiempo ahora toca verlo en futuro, y la planificación, como acción prospectiva.

(23) W. Arthur LEWIS, *ob. cit.*, pp. 151-153.

(24) Alfred SAUVY: *Los mitos de nuestro tiempo*, Nueva colección "Labor", Barcelona. 1969, pp. 35, 38, 39.

Si, como ha escrito San Agustín (25) (*Confesiones*, XI, 20, 26), hay un presente de las cosas pasadas, un presente de las cosas presentes y un presente de las cosas futuras, nuestro presente, aquí, es escribir sobre la planificación como acción de futuro.

El hombre, con la planificación, no se limita a cronometrar su historia, sino que fundamentalmente persigue acelerar su curso y pautarla de conformidad con sus deseos. Ha puesto en juego su voluntad en una escalada hacia el mañana. Esto es, en el futuro ha visto una cantera inagotable de posibilidades e ilusiones, unos horizontes abiertos indefinidos. Hacia estas metas se dirige en plan de conquista. Trata de apoderarse del futuro, de domarlo o domesticarlo a su gusto, como ya apuntaba CONDORCET (26).

Si escuchamos a PASCAL (27), él nos dirá, sin embargo, que tal situación es algo inherente a la especie humana: "Nunca nos atenemos al tiempo presente —dijo—, sino que anticipamos el porvenir por demasiado lento en llegar, como para acelerar su curso... Es que de ordinario el presente nos lastima, le apartamos de nuestra vista porque nos aflige... Tratamos de conservarle para el porvenir y no pensamos más que en disponer las cosas que no están bajo nuestro poder para un tiempo que no tenemos seguridad de alcanzar. Examine cada cual su pensamiento y le hallará siempre ocupado en el pasado o en el porvenir. Apenas pensamos en el presente, y si pensamos en él, no es más que para tomar en él las luces, a fin de disponer del porvenir. Jamás el presente es nuestro fin; el pasado y el presente son nuestros medios; tan sólo el porvenir es nuestro fin." Es lo mismo que lo expresado por Lewis CARROLL (28), aunque éste se manifestara en forma más irónica y poética: "la regla es: mermelada mañana y mermelada ayer, pero jamás mermelada hoy".

"Desde siempre —argüirá, por su parte, Eugen BÖLHER (29)— la Humanidad se ha preocupado profundamente por el futuro y ha intentado sondearlo mediante la adivinación, el mito, la ciencia, la psicología y la filosofía..."

(25) San Agustín: *Confesiones*, xi, 20, 26.

(26) Citado por W. H. G. ARMYTAGE: *Visión histórica del futuro*, Ediciones Península, Barcelona, 1971, p. 43.

(27) Citado por Wilhelm REVERS: *Psicología del aburrimiento*, Editorial "Revista de Occidente", Madrid, 1954, p. 35.

(28) Lewis CARROLL: *Alicia en el País de las Maravillas*, Alianza Editorial, Madrid.

(29) Eugen BÖLHER: *El Futuro: problema del hombre moderno*, Alianza Editorial, Madrid, 1967, p. 14.

Sin embargo, este autor no tiene más remedio que reconocer que ahora el hombre moderno dispensa al futuro no sólo un interés redoblado, sino también cualitativamente distinto al del hombre de los siglos pasados. “La expectativa inconsciente y vaga ha sido reemplazada por una voluntad consciente y consentida.” El *miedo de antaño* —viene a decir— va siendo reemplazado por la *esperanza* de hogaño.

Y no es solamente eso. Hasta hace unas décadas las visiones futuristas eran más bien materia de *ciencia-ficción*, producto de la fantasía de ciertos literatos —WELLS, HUXLEY, ORWELL—, por lo que, para ciertos científicos *puros*, tal dedicación era cosa de mala fama, como apunta Herman KAHN (30). Hoy, por el contrario, esta actividad futurista ha pasado incluso a estar de moda (31) y, sobre todo, a ser tomada muy en serio. En la actualidad, especialmente en los países de grandes recursos y ambiciones, se hace hincapié en que este tipo de estudios se realicen de forma continuada y sistemática y con sentido de cooperación (32).

El grupo de hombres que así piensan están demostrando una gran valentía intelectual y una gran fe en su obra. Tienen motivos para estar ilusionados. Existe la esperanza de que el fruto de estos nuevos estudios permita convertir el *progreso ciego* en un *progreso vidente* y con ello la posibilidad de elegir “los futuros deseables y de configurar su destino, en lugar de sufrirlo” (33). Esta ilusión es la que le ha permitido decir a Olaf HELMER que “estamos abandonando la fatalista tesis de que el futuro es imprevisible e inevitable; nos estamos percatando de que existe una multitud de posibles futuros y de que una intervención apropiada puede alterar sus respectivas probabilidades. Lo cual eleva la exploración del futuro y la búsqueda de las formas de influir en su dirección al rango de actividades de gran responsabilidad social” (34).

Ilusión que no ha impedido a muchos reconocer las limitaciones y condicionamientos de esta clase de estudios, porque, en principio, como ha escrito Karl JASPERS (35), “el futuro se sustrae a la investigación”. Para sostener esto se apoya en que “sólo es investigable lo que tiene

(30) Herman KAHN: *Los futuros del mundo*, trabajo que, en unión de otros varios autores, ha sido publicado en nuestro país por Alianza Editorial, Madrid, bajo el título genérico *Pronóstico del Futuro*, 1970, p. 245.

(31) Herman KAHN, trabajo citado, misma página.

(32) Herman KAHN, el mismo trabajo e igual página.

(33) Robert JUNGK: *El futuro de la investigación del futuro*, estudio de introducción del libro colectivo reseñado en las precedentes notas, p. 10.

(34) Citado por Erich JANTSCH: *Los pronósticos del futuro*, incluido también en este libro colectivo, p. 33.

(35) Karl JASPERS: *Origen y meta de la historia*, Editorial “Revista de Occidente”, Madrid, 3.ª edic., 1965, p. 186.

realidad; por lo tanto, lo que ya ha acontecido”, lo cual no es óbice para que el propio autor admita que, sin embargo, el futuro está latente, oculto en el pasado y el presente, por lo que considera podemos entreverlo e imaginarlo en las posibilidades reales. Es más: JASPERS sostiene con la mayor rotundidad que “una concepción histórica que pretenda extenderse a todas las cosas humanas tiene que incluir necesariamente el futuro”.

Desde luego, en la actualidad puede decirse, sin temor de exageración, que políticos y economistas, sociólogos y filósofos no sólo tratan de investigar sobre el futuro, sino, lo que es aún más importante y atrevido, que *intentan disponer de él*. Así como suena, ni más ni menos.

Esta *ansia de futuro*, que no es de hoy, pero que hoy, como hemos dicho, se ve notoriamente reforzada, creemos tiene por principal causa el ensoberbecimiento del hombre moderno, endiosado por sus propias creaciones, especialmente por sus conquistas técnicas. El hombre, que, como nos ha dicho con suma agudeza Max SCHELER (36), en su organización biológica no cuenta ya con margen de futuro, por estar somáticamente *acabado*, intenta por todos los medios compensar esta barrera con nuevas conquistas sobre el espacio y el tiempo. De ahí su denodada lucha por la conquista de otros planetas y su no menos esforzada lucha por la conquista del tiempo: tiempo futuro-planificación.

Max SCHELER llega a la conclusión de la finitud o remate de la organización biológica del hombre, partiendô de una de las leyes biológicas más indiscutibles: la de que la posibilidad de desenvolvimiento y la esfera en que éste puede producirse decrecen constantemente a medida que es mayor el grado de altura evolutiva alcanzado. En este sentido, resalta que la restituibilidad de los órganos heridos o amputados retrocede del anfibio al vertebrado y sigue disminuyendo en razón directa de la finura de estructuración del órgano considerado, razón por la que el cerebro humano es el menos regenerable de todos los órganos y el menos capaz de crecimiento por división de células. De lo que deduce el citado autor que si el hombre es el ser más evolucionado, por ende, su evolución es la más inverosímil.

Tenemos, por tanto, que si el hombre no puede mejorar su propio yo, puede, no obstante, como ha señalado K. JASPERS (37) aumentar “su realidad mediante la ampliación de su contorno”. Contorno que puede ser considerado perfectamente en las dos dimensiones de espacio

(36) Max SCHELER: *Metafísica de la Libertad*, Editorial Nova, Buenos Aires, p. 109.

(37) Karl JASPERS: *Origen y Meta de la Historia*, p. 137.

y tiempo, pues lo que no cabe duda es que “cuando pensamos, tomamos precauciones y planeamos, nos encontramos efectivamente fuera de nosotros” (38), esto es, en ese contorno a que se refiere JASPERS.

Están metidos de lleno ciertos hombres de hoy en la gran tarea de extender nuestras actuales fronteras, en la que, por lo que se refiere a la dimensión temporal, no se limitan a lo que en el pasado siglo hicieron un GOETHE, un TOCQUEVILLE, un BURCKHARDT, un NIETZSCHE, esto es, a hacer predicciones más o menos penetrantes y agudas sobre el tiempo por venir, pero sin pasar de ahí, entre otros motivos, porque, al margen de su valía personal, eran unos meros soñadores, sin un mínimo de poder en sus manos. Por el contrario, los planeadores actuales del futuro no sólo tratan de predecirlo, sino de conformarlo a su gusto y de marcar su dirección. Por eso los que han tratado de dar nombre a este movimiento han encontrado tantas dificultades en la captación del vocablo adecuado, y, aun dentro del convencionalismo general de toda nominación, las palabras elegidas, o son vagas e imprecisas —“futurismo”, “futurible”—, o sólo se refieren al instrumento empleado —“planeamiento”— o puramente metafóricas —“prospectiva”—. Así, por lo que a esta última se refiere, el término inglés *to prospect* denota acción de explorar, buscar, descubrir y también situaciones de perspectiva, de orientación, de expectativa, de probabilidad, de esperanza. Todo a la vez. Si del inglés nos vamos al francés, que es el que más difusión ha dado a este vocablo, ya con un significado más ceñido, en él vemos que *prospector* —de *to prospect*— significa, según el LAROUSSE, *rechercher les gîtes minéraux d'un terrain*; por extensión, *examiner minutieusement et avec méthode*, y en sentido figurado, por ejemplo, *étudier les possibilités d'extension d'une clientèle*. El propio LAROUSSE nos facilita el término, derivado del anterior, *prospectif*, diciendo de él que *se dit d'un ensemble de méthodes ayant pour objet l'organisation du présent grâce à l'étude scientifique de l'avenir*. Los anglosajones, refiriéndose a esto mismo, suelen emplear ahora el término *prognosis* (39), sinónimo, como sabemos, de pronóstico, vaticinio, presagio, augurio, etc.

Los diccionarios, como vemos, se encargan de darnos un cuadro rico en sugerencias. Los muchos sinónimos barajados en ellos, cada uno con su particular matiz, pueden sernos útiles para una comprensión mejor de la idea que intentamos analizar. Por de pronto, *prospección*

(38) Eugen BÖHLER: *El Futuro...*, p. 115.

(39) Erich JANTSCH, trabajo antes citado, p. 16.

sugiere la idea de *penetración* o paso dificultoso a través de la materia (captación de minerales, de agua, etc.) o del tiempo (captación del futuro). En el primer supuesto, la acción prospectiva o de penetración ha de encontrar la natural resistencia en las capas de terreno que tengan que ser horadadas; en el segundo, y aunque parezca paradójico, la resistencia principal viene ofrecida porque la penetración tiene que realizarse a través del vacío, de la nada. Por eso en el primer caso se trata de una resistencia física, y en el segundo, de una resistencia metafísica. Y de ahí que ya se hable de unas ciencias de lo *impalpable* (*soft sciences*).

La resistencia metafísica no ha sido atacada hasta ahora en forma seria y directa, sino, como ya se apuntó antes, con un sentido un tanto frívolo e informal, a base de fantasías y adivinaciones. Sólo desde hace poco, como también hemos dicho, los hombres, especialmente los planificadores, miran con otros ojos a través de la *bola de cristal*. La diferencia consiste sencillamente en haber metido a la ciencia dentro de la propia *bola de cristal* (*Science in the crystal ball*) (40).

Ahora en que la ciencia sustituye a la magia, los planificadores presentan todo un orden de batalla para conquistar el futuro, toda una estrategia para combatir la incertidumbre, como tan agudamente apunta Pierre MASSÉ (41); una estrategia montada sobre bases eminentemente racionales y científicas.

De todas formas, el examen del futuro siempre ha estado en manos de una élite, de una "minoría activa": primero, los magos; después, los literatos; por último, los economistas, los técnicos, los científicos. Por eso se habla de "ingeniería social". Todavía en la actualidad el buen hombre de la calle, el *uomo qualunque*, el *common man*, siente un profundo respeto, casi miedo, ante el interrogante del porvenir, por inmediato que sea. La frase, tan usual en el lenguaje ordinario: "Hasta mañana... si Dios quiere" es todo un síntoma. Y es que el pueblo sencillo piensa con una fina intuición que jamás deberá ser despreciada, como ya lo hiciera el de la antigua Grecia, que la soberbia (*Hybris*), la presunción y la vanidad constituyen el más grande pecado humano (42).

(40) Erich JANYSCH, trabajo citado, pp. 15-16.

(41) Pierre MASSÉ: *El plan o el antiplan*, Nueva colección "Labor", Barcelona, 2.ª edición, 1968, p. 129.

(42) A este respecto nos cuenta Eugen BÖHLER—*ob. cit.*, pp. 156-157—que "si bien Apolo, el dios de la luz, de la claridad y de la sabiduría, es también el encargado de revelar lo oculto y lo futuro, no lo hace en interés de la comprensión, la medida y el orden". "Los oráculos —continúa— no descubren lo futuro, sino que muestran las in-

La diferencia de actitud ante el futuro entre la élite y la masa es explicable e inevitable. Es una manifestación más de la distancia existente entre la colectividad gobernada y el grupo minoritario gobernante. Karl MANNHEIM nos cuenta a este respecto (43) que “durante el Renacimiento, entre los conciudadanos de MAQUIAVELO, nació un nuevo refrán que llama la atención hacia una observación común de la época: ... que el pensamiento de palacio es una cosa y otra distinta el del hombre de la calle”. Sin duda que con el progreso la distancia se irá paulatinamente acortando, pero no hasta el punto de llegarse a una total nivelación. El proceso de democratización, sin duda, facilitará ese acercamiento, aunque nunca podrá pasar de ahí: de una mera aproximación.

La planificación necesita audacia e intrepidez, junto a mesura y cálculo. Por eso, entre otros motivos, necesita en su marcha de un grupo que opere en avanzadilla, en labor de vanguardia. Esta ha de estar ocupada por el *manager*, por el “organizador”, por el técnico, por el político. Estos son los que han ido quemando etapas, pasando insensiblemente de las insinuantes y suaves medidas de fomento a las más penetrantes del dirigismo, hasta llegar a las más agobiantes de la planificación.

Los planificadores de nuestros días, sin pedir perdón a nadie, creyendo firmemente que obran “en estado de gracia”, tratan de configurar la vida futura, de sus hijos y de sus nietos y la vida de los hijos y de los nietos de los demás. Por lo menos, ellos lo creen así.

Lo curioso del caso es que este planificador moderno, cristiano o ateo, budista o mahometano, ya no podrá librarse de este pecado de soberbia, porque el sino de nuestro tiempo le ha sometido a la tarea de la planificación (44). Como ha dicho Juan ECHEVARRÍA, refiriéndose al experimento patrio en los momentos de su comienzo, esto es, en los del I Plan de Desarrollo, el proceso iniciado entonces —y el juicio puede aplicarse a cualquier otro país— tiene hasta cierto punto un carácter “irreversible”, como la pérdida de la inocencia, dice, imitando a ROSTOW. Es decir, que una economía planificada, siquiera sea de una forma

comovibles ordenaciones del mundo y sus consecuencias. Previenen contra la presuntuosa opinión de que el hombre pueda saber de antemano el futuro y planearlo, y hacen notar que todo el éxito depende de los dioses... Así, pues, lo que se pretendía averiguar por medio de los oráculos era justamente si podía esperarse esa ayuda.”

(43) Karl MANNHEIM: *Ideología y Utopía*, Aguilar, Madrid, 1966, p. 115.

(44) Manuel PÉREZ OLEA: *La participación de los Entes Locales en la planificación del desarrollo económico*, en “Problemas Políticos de la Vida Local”, Madrid, 1967, p. 72.

indicativa, es muy difícil, casi imposible, que deje de estarlo en el futuro (45).

Cierto que esta idea no es, por otra parte, algo exclusivo de nuestros días, pues, como ha puesto de relieve VILLAR PALASÍ (46), pueden encontrarse indicios de ella en la época de la Ilustración, obsesionada con racionalizarlo todo e incluso, sin temor a exagerar, hasta puede afirmarse que en cierta forma la idea es de todos los tiempos, en cuanto, como ha dicho J. L. SAMPEDRO (47), *la falta de plan equivale a un plan* (“La implantación de la libertad de mercado fue así consecuencia de un cálculo razonable: la falta del plan del *laissez faire* equivalía a un plan”). El plan de no tener plan.

Lo que ocurre es que, hoy por hoy, el plan, el plan explícito y formal se impone. No sólo por muchos imperativos importantes y hasta por razón de cierto fatalismo, sino también por algo más banal en apariencia, pero no menos influyente en su vigencia; se impone porque el fenómeno planificador está de moda (48).

Hoy “la ideología tecnocrática se ha enriquecido con una nueva dimensión: el culto al futuro” (49), hasta el punto de que, “según esta corriente de pensamiento, la verdadera lucha se ha de situar en adelante entre las fuerzas que se aferran al pasado y las que se dirigen resueltamente hacia el porvenir”, porque “el futuro ejerce una inmensa fascinación sobre el hombre”, convirtiendo el estudio de éste en el “interés vital predominante” (50).

La planificación: sino o fatalidad; la planificación: cuestión de moda; la planificación: “interés vital predominante”. De todo esto hay un poco en su auge actual. Pero, desde luego, lo que no cabe en el momento presente es contemplarla con ojos de indiferencia y menos aún ignorarla. Se puede estar a favor de la idea planificadora o frente a ella, pero no a su margen. Como ha escrito J. L. MEILÁN (51): “Salvo

(45) Juan ECHEVARRÍA: *Anotaciones al Plan de Desarrollo*, Editorial Tecnos, S. A., Madrid, 1964, p. 21.

(46) J. L. VILLAR PALASÍ: *La Intervención Administrativa en la Industria*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1964, p. 51.

(47) J. L. SAMPEDRO: *Las Fuerzas Económicas de Nuestro Tiempo*, Ediciones Guadarrama, S. A., Madrid, 1967, p. 133.

(48) CARDOZO, perspicazmente, ha apuntado que hay modas y modas en el Derecho, como las hay en la Literatura, el Arte en general, y en las más diversas actividades humanas.

(49) Jean MAYNAUD: *Problemas Ideológicos del Siglo XX*, Ediciones Ariel, Caracas-Barcelona, 1964, p. 12.

(50) Eugen BÖHLER. *ob. cit.*, p. 7.

(51) J. L. MEILÁN: *Influencia de la planificación del desarrollo en la Administración Pública*, CFPF, Madrid, 1958, p. 6, nota 2.

extremismos muy acusados, la planificación del desarrollo es un lugar de encuentro de gentes de distintas tendencias ideológicas... Los contradictores del plan oficial se mueven en la misma órbita y propondrán, no su negación, sino un *contra-plan*, citando a este respecto la obra francesa del mismo título: *Le contre-plan* (París, 1965), escrita por un equipo, bajo la firma del seudónimo colectivo JULIEN-ENSEMBLE.

Al pasado pertenece, casi en estado de momificación, el “liberalismo económico” y su correlato, la “democracia liberal”, aunque nunca falten espíritus nostálgicos que incluso pretendan ir más allá de la nostalgia, por lo que no pueden suscribirse enteramente las palabras de Angelo ANGELOPOULOS (52) cuando afirmó que el principio de la dirección de la economía por el Estado —y podríamos añadir, de muchas cosas más— es en nuestros días una necesidad que no encuentra apenas resistencia. Resistencia la encuentra todavía hoy, y hasta nos atrevemos a decir que la seguirá encontrando en el futuro, mas, lo cierto es que ésta no viene ofrecida por un ejército organizado, sino en forma de guerrillas. Hoy ya no podría suscribirse el perecer de Seymour E. HARRIS (53), profesor de Harvard, emitido allá por el año 1913, de que la economía dirigida no existe más que en el espíritu o en los escritos de los teóricos de la izquierda. Ni existe el ambiente de 1930, de franca reacción frente a la idea de que un plan económico pueda comportar alguna lógica. Hoy —y continuamos con Angelo ANGELOPOULOS— la actitud hacia el “planismo” está modificada. La planificación económica se hace necesaria, incluso en el régimen capitalista. El estado capitalista está obligado a seguir métodos más racionales que presuponen un cierto grado de coordinación y planificación.

Lo que no cabe la menor duda es que la tesis optimista del autor griego, quien, por cierto, se apoya en este pasaje de su obra en la opinión de H. LAUFENBURGER, es perfectamente aceptable al sostener que “la vía del planismo se ensancha con el tiempo y que la era del planismo económico está abierta”. Es una profecía que en la realidad ha tenido plena confirmación.

La planificación tiene en la actualidad partidarios en todos los sectores políticos vigentes. En Francia, por citar un ejemplo (un ejemplo paradigmático, desde luego), fue para el general DE GAULLE (discurso pronunciado el 6 de junio de 1961) el *grand affaire de la République*, como lo ha sido también, e incluso con más firmeza y convicción per-

(52) Angelo ANGELOPOULOS: *Planisme et Progrés*, París, 1953, pp. 46-47.

(53) Seymour E. HARRIS: *Economic Planning*, Nueva York, 1919, p. 4.

sonal, para su contrario, Pierre MENDES FRANCE (54). La planificación es consustancial de los estados colectivistas, titulares de los medios de producción (55), y, por paradójico que parezca, lo va siendo también de muchos Estados capitalistas, y neocapitalistas, siquiera en éstos el Plan, como dirá VEDEL, venga redactado en *indicativo*, a veces en *optativo*, jamás en *imperativo* (56). La planificación está muy ligada a los Estados autoritarios, lo que no ha sido óbice para considerarla perfectamente compatible con el Estado democrático, hasta el punto de no faltar quien considere que “sólo mediante tal planificación se realiza y se perfecciona económicamente la Democracia” (57). Se ha producido en esto un fenómeno inverso al ocurrido en otras ocasiones. Si en éstas la Administración “ha expropiado a los capitalistas no sólo sus empresas, sino también su experiencia y sus fórmulas” (58), es decir, si la socialización se ha llevado a cabo muchas veces apropiándose, no sólo de las empresas, sino de los métodos de gestión del capitalismo, en contrapartida, el capitalismo, como ocurre con la planificación, se ha apropiado de fórmulas y medios operativos propios de los Estados socialistas. Ambos sistemas, pues, han sentido la tentación, con frecuencia, de sentirse “amigos de lo ajeno”, sin demasiados remilgos.

III

PLANIFICACIÓN Y RELACIÓN DE CAUSALIDAD HISTÓRICA

Con el fin de enriquecer el número de visiones sobre el fenómeno en estudio y completar el examen del mismo en su dimensión temporal, vamos a pasar del enfoque de la planificación, como prospección, al enfoque retrospectivo. Así, pues, del presente del tiempo futuro saltamos al presente del tiempo pasado, para seguir el criterio agustiniano.

El presente nuestro, en este preciso instante, al escribir estas páginas, es el de encararnos con lo que ahora, hoy mismo, es la plani-

(54) Pierre MENDES FRANCE: *La República Moderna*, Aguilar, Madrid, 1963, pp. 85 y ss.

(55) Alberto PREDIERI: *Planificazione e costituzione*, Milán, 1963, pp. 59 y 101.

(56) P. M. GAUDEMET: *La influencia de la política de planificación económica en el Derecho público francés*, Escuela Nacional de Administración Pública, Madrid, 1968, página 10.

(57) Carl J. FRIEDRICH: *La democracia como forma Política y como forma de Vida*, Editorial Tecnos, S. A., Madrid, 2.ª edic., 1966, p. 140.

(58) Georges VEDEL: *La technique des nationalizations*, en “Droit Social”, 1946, página 96, recogido de E. GARCÍA DE ENTERRÍA: *La actividad industrial y mercantil de los municipios*, núm. 17 de esta REVISTA, p. 126.

ficación, no como simple proyecto, o como actividad en pleno despliegue y desarrollo, sino como proceso realizado y consumado. La planificación como acontecimiento histórico. Porque la planificación, puede decirse sin temor, ya tiene historia. Una historia breve, minúscula, incipiente, pero historia al fin y al cabo. Su punto de arranque puede fijarse en el primer plan quinquenal de la Unión Soviética. Por tanto, es un suceso de nuestro siglo, pero que ya ha consumado varios decenios. Los suficientes para que podamos dirigir la mirada hacia atrás. Los precisos para que ya no pueda escribirse la historia de estas décadas sin contar con el fenómeno planificador.

La planificación es producto de una época —la nuestra—, y, a su vez, causa de que esta época empiece a discurrir de una forma peculiar, distinta al acontecer de períodos anteriores. La historicidad, el momento en que una cosa ocurre, es importante por la conexión con las demás cosas que ocurran simultáneamente, y por la relación de causalidad que se establece entre las que acontecieron ayer, con las que surgen hoy, y con las que acontecerán mañana.

El planificador, como se desprende de lo dicho, está haciendo historia. Y la está fabricando, manejando conscientemente la ley de la causalidad. Desde luego, a nadie debe sorprender esta idea de que el planificador es un personaje que *hace historia*, puesto que, en realidad, el simple administrador la hace también, si es que se admite que la historia no sólo la impulsan los políticos y los generales. Porque el administrador, indefectiblemente, es elemento propulsor de una cadena de acontecimientos, productores a su vez de que la sociedad vaya adquiriendo una determinada conformación, una especial trayectoria, incluso aunque se le constriña, dentro de los que nos atrevemos a llamar “tiempos de la acción administrativa”, a uno solo de ellos, el *presente*, tal y como con acusada radicalidad lo ha hecho GERHART HUSSERL (59), al tipificar al hombre del ejecutivo como *Gegenwartsmensch*, esto es, como hombre del instante actual, contraponiéndolo al juez, hombre del sentido del pasado, y al legislador, hombre del sentido del futuro, desde una tipología temporal del Derecho, como apunta GARCÍA DE ENTERRÍA.

En tanto el administrador posea facultades de organización, de impulsión y de mando; no sea un mero autómatas, dedicado a aplicar mecánicamente el Derecho establecido; participe en la elaboración de ese

(59) Citado por F. GARCÍA DE ENTERRÍA en *Legislación Delegada, Potestad Reglamentaria y Control Judicial*, Editorial Tecnos, Madrid, 1970, p. 29, nota 37.

Derecho, por vía reglamentaria (60), y por la de las *subnormas*, que vienen a completar el propio ordenamiento jurídico (órdenes, instrucciones, circulares); detente facultades discrecionales en la resolución de muchos e importantes problemas; en tanto todo esto ocurra así, como en realidad sucede, no podrá decirse que el administrador no hace historia. Será una historia sin heroicidades ni espectacularidades, sencilla, prosaica, monótona, vulgar, antigrandilocuente, pero historia a fin de cuentas.

Muchas veces, grandes acontecimientos, constructores del futuro, hacen tan poco ruido —llegan sobre patas de tórtola, como decía NIETZSCHE—, que hasta resulta difícil adivinar su presencia (61). En muchas ocasiones, como el mismo NIETZSCHE apuntó (62), “las palabras más silenciosas son las que luego traen la tempestad”. A veces, en efecto, una mala Administración termina hundiendo al Imperio más extenso y poderoso, y, por el contrario, una Administración honesta y eficaz puede ser capaz de salvar al Estado más débil y de menos base política.

La Historia, en definitiva, viene hecha cada vez más por la Administración; desde luego, bastante más de lo que muchos son capaces de imaginar. Recordemos, a este respecto, la perspicacia de FORSTHOFF, uno de los autores que con más penetración han visto este problema. El nos ha dicho, en su *Tratado* (63), en una contraposición de *Constitución* y *Administración*, que a la primera le es propio, en alta medida, el carácter de permanencia, al surgir con la pretensión de ser algo concluso y definitivo, y considerar “inmodificables” los principios fundamentales de los respectivos sistemas políticos, atribuyendo, por ende, a la Constitución, el carácter de elemento estático del Estado, mientras que a la Administración le atribuye el carácter de elemento dinámico, en cuanto actividad al servicio de los fines del Estado. Pues bien, FORSTHOFF señala, con total acierto a nuestro juicio que “la historia de la Administración presenta una continuidad mucho mayor que la historia constitucional”. Para sostener esto se funda, no en la diver-

(60) Nada menos que en un país de tanta tradición democrática como es Francia se ha llegado con la V República —Constitución de 5 de octubre de 1958— a invertir los términos: ley-reglamento: lo que da pábulo para que ahora se hable de “materia reservada al reglamento”, como antes se hablaba de “materia reservada a la ley”. (Vid. “Cursillo profesado por Nicolás PÉREZ SERRANO”, recogido por sus ayudantes y publicado por la Facultad de Derecho de Madrid el 1959.)

(61) Fernand BLANDEL: *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Editorial, 2.ª edición, “El libro de bolsillo”, 1970, Madrid, p. 49.

(62) En *Así hablaba Zaratustra*.

(63) Ernst FORSTHOFF: *Tratado de Derecho Administrativo*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1958. pp. 24-25.

sa consistencia de las dos esferas, sino en la materia de que está hecha la Administración, mucho más dúctil que la de la Constitución. Porque ésta —dice— es el pararrayos que atrae las chispas de las descargas revolucionarias, no disponiendo de más opciones que las de afirmarse o derrumbarse frente a ellas, al tener su suerte ligada a la de su legitimidad, mientras que la Administración se legitima a sí misma en cada momento histórico, no sólo como el aparato ejecutivo de un determinado sistema político, sino también como soporte de los servicios públicos, necesarios siempre, incluso a los propios revolucionarios, interesados en contar con ellos tal y como estén, en los momentos más dramáticos de la subversión, si es que aspiran realmente a la conquista del Poder.

Es en vista de todo ello por lo que el mismo FORSTHOFF (64) ha podido llegar a la conclusión de que la Administración, al contar con una mayor estabilidad, fruto de una mayor flexibilidad operativa, puede adaptarse en gran medida “a situaciones constitucionales cambiantes”. Así puede explicarse, según él, que la Administración moderna haya sobrevivido a cambios constitucionales decisivos, manteniendo intacto un amplio núcleo esencial.

Que la Administración haya podido, y pueda, hacer esto, significa, sin más, que la misma está ejerciendo históricamente un auténtico protagonismo. Protagonismo que se agiganta cuando, en cualquier Estado, se producen situaciones de crisis de gobierno, y, sobre todo, como se apuntaba antes, cuando es el propio Estado el que entra en crisis.

Aparte situaciones excepcionales, la Administración cada vez va teniendo un peso más decisivo en la marcha de los Estados, tanto a través de actos realmente importantes, como son precisamente los más relevantes del proceso planificador, como por muchos otros, menos significativos, pero de múltiple repetición, constitutivos de lo que se ha dado en llamar *rutina administrativa* (65).

Factor decisivo para este incremento del *papel* (66) de la Adminis-

(64) Ernst FORSTHOFF, *ob. cit.*, p. 26.

(65) Edwin O. STONE, en su estudio *An Approach to Science of Administration*, inserto en “American Political Science Review” 34/1129 (diciembre 1940), se ha referido a la influencia de los hábitos y de la memoria, dentro del comportamiento racional administrativo, hablando de *rutina de la organización* como resultado de aquellos factores, OTTO NASS: *Reforma administrativa y Ciencia de la Administración*, publicación del Centro de Formación y Perfeccionamiento de Funcionarios, Madrid, 1964, dedica todo un capítulo de este libro —el penúltimo— a este tema concreto: *Administración y rutina*.

(66) Hablamos aquí nosotros del *papel* de la Administración, contagiados de la terminología empleada por ciertos autores, como ocurre con Herbert A. SIMON (*El comportamiento administrativo*, Aguilar, Madrid, 1964) al desarrollar la teoría del “papel”

tración ha sido, como es notorio, la ascensión de la técnica a tecnocracia. Se dice que el cambio se ha ido produciendo en este sentido por la remoción del político en provecho del técnico, bien en virtud de una transferencia voluntaria, bien porque los propios técnicos han llegado a confirmar su poder (67). Para F. L. CLOSON (68) "no hay tecnócratas más que por debilidad de los políticos, pues el proceso de la tecnocracia no es ni más ni menos que la falta de adaptación de los políticos a las situaciones nuevas".

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que estamos viviendo la época de máximo esplendor de los *managers*, de los *expertos*, de los *especialistas*, de los *organizadores*; circunstancia que explica la tesis de James BURNHAM, fácilmente adivinable, con sólo reconocer el epígrafe de su conocida obra (69). Y que a su vez justifica el que se haya podido defender la idea de que, tras el *Estado Legislación*, y el *Estado Jurisdicción*, se ha llegado a la plena vigencia del *Estado Administración* (70).

La historia que está haciendo este *Estado Administración* es la historia que vienen realizando estos *managers*, estos "expertos", estos "especialistas", estos "organizadores". Porque "la historia es el hombre", según la frase feliz de Lucien FEBVRE (71). Ahora bien, es la historia que menos gusta a los que, como Thomas CARLYLE, centran la misma en la vida y en la acción del héroe. De acuerdo con esta teoría, sin los grandes hombres, sin los superhombres, para emplear la terminología nietzscheana, no habría verdadera historia. Una simple secuencia de acontecimientos, para CARLYLE, no constituye historia. Es preciso la existencia de una voluntad superior, indiscutible, ungida de la gracia divina. Ni siquiera la libertad es concebible sino como obediencia al

y de la "acción", referida, la primera, a la explicación psicológica y sociológica del tipo de comportamiento, dentro de la Administración, de sus distintos servidores, y que nosotros, en este momento, trasladamos y atribuimos a la propia Administración, como un todo, con el fin de resaltar su figura, tal y como creemos le corresponde en los actuales momentos.

(67) Jean MEYNAUD: *Los problemas ideológicos del siglo XX*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1964, p. 257.

(68) F. L. CLOSON: *Un homme nouveau. L'ingénieur économiste*, París, 1961, p. 35.

(69) James BURNHAM: *L'ère des organisateurs*, París, Calmann-Lévy, 1947.

(70) Estas tres frases, en la concepción del Estado, en función del poder predominante en cada momento histórico, vienen a estar perfectamente representadas por tres obras clásicas: *Congressional government*, de WILSON; *Gouvernement des juges*, de Edouard LAMBERT; *President's a Leadership*, de CORWIN. Una interpretación de esta idea de los tres Estados, incluso cuatro, por diferenciación entre *Estado de Gobierno* y *Estado de Administración*, puede verse en Carl SCHMITT, en su obra *Legalität und Legitimität*, Munich y Leipzig, 1932.

(71) Citado por Fernand BLANDEL, *ob. cit.*, p. 59.

elegido del Cielo. El héroe de CARLYLE es, en realidad, un santo valeroso, un santo secularizado. Según él, sin estos héroes no se podría vivir. Pero el héroe no surge así como así. Hace falta un mundo que le cuadre; uno que no sea un mundo de plebeyos, pues la masa, los "criados", como dice este autor, deben tener "héroes" de su propia ralea. La verdadera historia, la historia "historiable", nos atrevemos a decir nosotros, debe tener su sabia vivificadora en las decisiones, en las iniciativas de la minoría selecta, cuna de los caudillos netos.

Con esta visión, CARLYLE, que no consideraba la historia como un libro de texto, sino como una galería de arte, sólo la juzga comprensible por "retratos", esto es, a través de hombres paradigmáticos. Ahora bien, la valía de éstos no era función exclusiva de una determinada cualidad. El héroe suyo podía revestir cualquier forma. Podía ser un dios mítico, un profeta, un sacerdote, un guerrero, un hombre de letras, un rey. Pero, "en el fondo, el gran hombre, tal como se desprende de la mano de la naturaleza, es siempre de la misma índole: ODIN, LUTERO, JOHNSON, BURNS..., la originalidad de todos ellos es de la misma estofa... Debo confesar que no tenga idea de que haya un solo gran hombre que no sea toda suerte de hombres...". El héroe es "el hombre universal" (72).

Pues bien, a la vista de esta descripción, ¿quién osará negar que el técnico de nuestros días es, pudiéramos decir, el *antihéroe*, esto es, un hombre sin rostro, sumergido en la organización, aunque él sea, incluso, su propio creador y su impulsor? ¿Quién podrá discutir la agudeza de Martin HEIDEGGER (73), al estudiar la figura del superhombre, de NIETZSCHE, y sostener que jamás debemos buscar la esencia del mismo "en aquellos personajes que son promovidos como altos funcionarios de una voluntad de poder superficial y mal interpretada a los puestos cumbres de las diversas formas de organización de aquélla"?

El técnico de hoy gusta ser más que parecer, se refugia en el anonimato para mandar en la sombra, aunque su mando, esta es la verdad, nunca podrá ser absoluto, sino muy condicionado y compartido. Sobre todo muy compartido, pues, como señala C. W. MILLS, cada vez "... es menor el número de los individuos que manipulan cosas; es mayor el

(72) El apretado resumen de la tesis de T. CARLYLE, que se hace en el texto, está inspirado en el estudio que dedica a la misma ERNST CASSIRER en su obra *El Mito del Estado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, 2.^a edic. en español; pp. 222 y ss.

(73) Martin HEIDEGGER: *¿Qué significa pensar?*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1964, p. 62.

de los que manejan a personas y símbolos" (74). Como consecuencia, la autoridad va dejando de ser manifiesta, para convertirse en anónima, invisible, enajenada (75).

Todo esto, sin duda, va mermando la cotización de las biografías en las nuevas corrientes históricas, a la vez que produce al alza, en contrapartida de otros valores, objetivos, sucedáneos de aquéllas: instituciones jurídicas, estructuras económicas, movimientos culturales, grupos sociales, etc.

De todas formas, la vida sigue. Como secuela, la historia continúa. Porque la vida y la historia son una y la misma cosa. Pero, esta vida, que constituye la sustancia misma de la realidad humana, continúa siendo para muchos no de su agrado. Así, por ejemplo, Karl JASPERS, lleno de melancolía, no se recata en proclamar que "El único heroísmo que sigue siendo accesible al hombre de hoy es el de una obra sin brillo, de una acción sin gloria..."

Que los tiempos no sean demasiado propicios a la vida heroica, y, por tanto, que ésta vaya siendo erradicada, no puede implicar, desde luego, un menosprecio ni una desvalorización de lo que, aun sin brillo y sin gloria, se instrumentaliza en los Estados modernos, pensando en el mejoramiento de los servicios y de las funciones asignados a los mismos, y, en definitiva, en el mejoramiento del hombre y de la sociedad. No olvidemos que, como ha escrito F. GUIZOT (76), "... un mundo mejor regulado, un mundo más justo, hace a su vez más justo al hombre mismo; que el interior se reforma por el exterior, como el exterior por el interior..".

Esto es lo que permite repetir periódicamente a cada generación humana, respecto de las que le han precedido, aquellas palabras de STHENELOS, en Homero: "Demos gracias al cielo de que valemos infinitamente más que nuestros antepasados" (77).

Nos damos cuenta que, de pronto, sin querer, nos hemos topado con la idea del progreso. Sobre la misma, prescindiendo de matizaciones, los que han pensado en ella se han situado en uno de estos dos bandos antagónicos e irreconciliables: los optimistas por un lado, los pesimistas

(74) C. W. MILLS: *The Power Elite*, New York, Oxford University Press, 1959 (hay traducción castellana, Fondo de Cultura Económica, México, 1963).

(75) Erich FROMM: *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, p. 130.

(76) F. GUIZOT: *Historia de la Civilización en Europa*, Alianza Editorial, Madrid, 1966, página 33.

(77) Citado por F. GUIZOT, *ob. cit.*, p. 37.

por otro. Forman legión los que se han pronunciado sobre el tema. Es más, la idea del progreso, y su contraria, la de la degeneración y la decadencia, están tan vinculadas al hombre, tan metidas en su pensamiento y en su ser, que ninguno puede sustraerse a las incitaciones que las mismas despiertan. Todo hombre toma partido por una o por otra, aunque, más que de un acto deliberado y consciente, son una consecuencia del carácter y hasta el temperamento, una reacción primaria, elemental. A título de ejemplo citaremos, como optimistas insignes, a SAINT-PIERRE, a CONDORCET, a COMTE, a SPENCER; como pesimistas, a EPICURO, a LUCRECIO, a SÉNECA, a KANT, a SCHOPENHAUER, a SPENGLER.

Apuntábamos en anterior capítulo que la planificación obedecía a una idea optimista, en cuanto no es concebible que el que hace proyectos, animado de una idea de perfectibilidad, no responda a esa idiosincrasia. Pero es un optimismo que no se puede profesar sin ciertas reservas, por ser éstas consustanciales con el mismo concepto del progreso. Este significa, como ha dicho John B. BURY (78) que “la civilización se ha movido, se mueve y seguirá moviéndose en la dirección deseable”. Mas es este mismo autor el que, a renglón seguido, se encarga de frenar cualquier exceso de entusiasmo, el apostillar que “... para poder juzgar si nos estamos moviendo en una dirección deseable tendríamos que saber con exactitud cuál es la meta”, respecto de lo cual afirma que “es imposible tener la certeza de que la civilización se está moviendo en la dirección adecuada” (adecuada para el ideario de muchos que consideran como fin deseable de la evolución humana un estado social en el que todos los habitantes de la tierra llevasen una existencia perfectamente feliz).

No debemos extendernos más sobre este extremo en este momento, porque nos alejaría de la materia correspondiente al presente capítulo, sin perjuicio de volver sobre ello más adelante, en el lugar reservado al estudio de la planificación y los juicios de valor. Ahora será bastante con puntualizar que la planificación, impulsada por una idea de progreso, marca, por lo menos tendencialmente, una línea de continuidad *ascendente* en el curso de la historia. La planificación, en efecto, al servicio del desarrollo económico y social, apenas si se concibe sin una tasa de crecimiento sostenido (79).

La planificación viene a establecer una *continuidad* en el devenir de los Estados que han acogido esta técnica. Una continuidad de su vida

(78) John B. BURY, *ob. cit.*, p. 14.

(79) W. A. LEWIS, *ob. cit.*, p. 152.

económica, urbanística, social, cultural, etc., mediante el montaje de unas estructuras con vocación de permanencia. Con ello se intenta establecer un orden —uno de los fines primarios del mundo jurídico— que no ofrezca rupturas, ni saltos en el vacío, ni soluciones de continuidad.

Fernand BLANDEL (80), al escribir “a favor de una economía histórica”, se refiere precisamente, como un problema que le parece capital, apropiándose del lenguaje de los sociólogos, a lo “continuo” y lo “discontinuo”. “La controversia que provoca —dice— proviene quizá del hecho de que raramente se tiene en cuenta la pluralidad del tiempo histórico. El tiempo que nos arrastra, arrastra también —aunque de manera diferente— sociedades y civilizaciones cuya realidad nos sobrepasa, porque la duración de su vida es mucho más larga que la nuestra...” “El tiempo que es el nuestro... señala el transcurso de nuestra edad y cuenta también, pero con un ritmo muy diferente, las horas de existencia de las diversas estructuras sociales”, “... en lenguaje histórico, una discontinuidad social no es otra cosa que una de esas rupturas estructurales, fracturas de profundidad, silenciosas, indoloras, según se nos dice”, “cuando SOMBART y SAYOUS discuten para saber cuándo nace el capitalismo moderno es una ruptura de ese tipo lo que buscan...”. Fernand BLANDEL remata su pensamiento diciendo que no desea que se nos dé una filosofía de las catástrofes históricas, sino un estudio de iluminación múltiple de la discontinuidad” (81).

Con la planificación el Estado pretende eliminar cualquier posible ruptura, para dotar a su mecanismo de una marcha acompasada, uniforme, constante. El plan sucede al plan. Si, por cualquier contingencia, el nuevo plan no puede comenzar a regir en la fecha por él prevista, la vida del Estado no sufre ningún hiato, pues, automáticamente, se prorroga la vigencia del plan que iba a fenecer, soldándolo con el momento en que el nuevo pueda entrar en vigor. De ahí el que pueda parodiarse una conocida frase histórica y podamos decir: ¡El Plan ha muerto! ¡Viva el Plan!

Continuidad, continuidad. El Sistema establecido (*The Establishment*) ve en ello una de sus mejores garantías para su invulnerabilidad. Se trata de suprimir los sobresaltos, las crisis, la alternancia de procesos y recesos, los *corsi-ricorsi* de que hablara Juan Bautista VICO (82), y hacer una nueva historia, suave, rectilínea, sin dramatismos.

(80) Fernand BLANDEL, *ob. cit.*, p. 57.

(81) Fernand BLANDEL, *ob. cit.*, p. 58.

(82) Joseph VOCT: *El concepto de la historia*. De RANKE a TOYNBEE, Ediciones Guadarrama, 1971, p. 53.

Si fuera enteramente cierto lo expresado por Paul MANTOUX en 1903: "lo que es particular, lo que no ocurre más que una vez, es lo esencialmente histórico" (83), entonces, exagerando las cosas, podría sostenerse que la planificación, con su continuidad, venía a representar la existencia de un fenómeno ahistórico. Histórico sería el momento inicial, el de despegar (*to take off*) (84), esto es, el de implantación de la planificación; con la entrada en vigor del primer plan. Este, y sólo éste, siguiendo esta concepción, es el que vendría a introducir en la historia del país respectivo una innovación (85), a partir de ahí todo sería pura rutina. El Estado podría ser imaginado, en consecuencia, como un gigantesco aparato de relojería, al que, para tenerlo en constante funcionamiento, sólo sería preciso darle cuerda cada equis años (86). Pero no; las cosas no pueden ser tan simples. Ni en medicina hay terapéuticas infalibles, ni menos en economía pueden encontrarse fórmulas mágicas, milagrosas, que aseguren un éxito permanente. "Cuando hablan de desarrollo económico —dice Oreste POPESCU (87)—, los hombres de gobierno suelen generalmente pensar en la mejor alternativa: la de una economía creciente, progresista o de expansión secular. Esto no está

(83) Citado por Fernand BLANDEL, *ob. cit.*, p. 111.

(84) La expresión empleada en el texto —*to take off*— queda vinculada a un momento cronológicamente muy preciso —día D, hora H— de comienzo del Plan, atendiendo exclusivamente al elemento formalista y oficialista de esta nueva política económico-administrativa, en la que los resultados materiales, como es lógico, no pueden aparecer ya en ese preciso instante. Otro es el sentido en que esta misma frase es empleada, por ejemplo, por Walt W. ROSTOW, al exponer su teoría sobre las etapas del crecimiento económico, en la que distingue, como fases de la evolución de las sociedades humanas, estas cinco: 1) sociedad tradicional, 2) sociedad de la fase transitoria, 3) la sociedad en crecimiento, lista para el despegue (*take off*), 4) la sociedad en vía de maduración y 5) la sociedad del gran consumo de masas. En esta teoría el *take off*, que corresponde al período crítico del despegue, durante el cual las estructuras económicas y sociales se modifican de tal manera que el crecimiento económico inicia una escalada acelerada, con cierto automatismo, constituye no un momento concreto y localizado temporalmente, sino toda una fase de evolución, más o menos larga, según la situación de cada país.

(85) El término "innovación", como se sabe, es muy del gusto del profesor Joseph Alois SCHUMPETER, aunque enlazado con su teoría de los "ciclos".

(86) Por otras razones no falta quien saca de la historia no sólo a lo que carece de individualidad o de relieve destacado, sino a la sociedad entera, tal y como se imputa al funcionalismo (recordamos que TALCOTT PARSONS es su figura sobresaliente), dado que este autor, obsesionado con la idea de crear una teoría general válida para toda clase de sistemas, tiene, como consecuencia inevitable, el descuido de este problema en sus coordenadas históricas. Por eso se le ha reprochado a esta teoría el implicar la construcción de un mundo al que se le suprime una dimensión. "Demasiados sociólogos —ha dicho J. L. HOROWITZ— viven en un mundo especial newtoniano de tres dimensiones. La cuarta dimensión, la historia, está ausente de su trabajo." *Vid.* José CASTILLO: *Introducción a la Sociología*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1968, pp. 100 y 166.

(87) Oreste POPESCU: *Introducción a la Ciencia Económica contemporánea*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1964, p. 171.

mal. Pero la realidad nos enseña que a la larga hay también otras formas de desarrollo..." "Un examen más detallado de la curva de desarrollo —sigue diciendo el mismo autor— nos demuestra que ésta tiene una forma logística, creciente al comienzo, moderada después y decreciente en el tramo final."

El enfoque tradicional del desarrollo disociado del ciclo (típico en la teoría clásica) y del ciclo disociado del desarrollo (como, por ejemplo, en el modelo de HAWTREY) parece no satisfacer ya. Los economistas contemporáneos se inclinan preferentemente hacia la tesis más realista del desarrollo asociado al ciclo, aunque todavía no se ha dicho la última palabra sobre la verdadera naturaleza de esta conexión. Así, si para los investigadores entrenados en el análisis del plazo corto, como ocurre con KALDOR, el desarrollo se concibe como una sucesión de ciclos abiertos, por el contrario, para los estudiosos que prefieren el análisis del plazo largo, es más cómoda la hipótesis opuesta, del ciclo como subproducto del desarrollo, tal y como se encuentra en la base del modelo de HARBOD y DOMAR, sin que falte una tercera solución, de la generación simultánea y recíproca del ciclo y del desarrollo, como fue ensayada por HICKS y por SCHUMPETER (88).

Lo cierto es que los modernos teóricos del desarrollo hablan de *ciclos*, haciendo todo lo posible por eliminar de su vocabulario la palabra *crisis*. No creemos que el cambio terminológico obedezca a razones de puro *snobismo*. Ha habido otras, sin duda, más sustanciales, para dicho cambio. La primera de ellas es la de que la idea de "ciclo" viene a representar un movimiento ondular, propio del sistema económico y de lo que pudiéramos llamar sus "normalidades". "La existencia de un movimiento ondulatorio —ha dicho G. CASSEL (89)— alrededor de un desarrollo regular, que representa una cifra media del desarrollo real, es sólo una expresión del hecho de que la vida económica, en su progresión, no presenta una *continuidad* matemática" (el subrayado es nuestro).

Refiriéndose en concreto a la gran depresión americana de 1929, John KENNETH GALBRAITH (90), muy chauvinista él, por lo que escribe *Gran Depresión*, apunta que "probablemente pudo haber quedado como el gran accidente (la gran crisis, decimos nosotros) si las ideas no hu-

(88) Oreste POPESCU, *ob. cit.*, pp. 173-174.

(89) Gustavo CASSEL: *Economía Social Teórica*, Aguilar, Madrid, 4.ª edición, 1954, página 418.

(90) John KENNETH GALBRAITH: *El capitalismo Americano*, Ediciones Ariel, Barcelona, 4.ª edic., 1968, p. 115.

bieran intervenido de nuevo". "Estas —continúa—, en su forma madura, hicieron de la depresión, o de su contrapartida, la inflación, el patrón normal de conducta del capitalismo no inhibido ni dirigido." GALBRAITH recuerda que las ideas que interpretaron la depresión y que advirtieron que depresión o inflación podían ser gran parte del destino tanto de la libre empresa como de una plena ocupación estable, fueron las de JOHN MAYNARD KEYNES, a quien pone en línea y a nivel de ADAM SMITH, DAVID RICARDO y KARL MARX. La principal conclusión del razonamiento de KEYNES es que la depresión y el paro, como la inflación, no son en ningún sentido anormales. Fue KEYNES quien logró, donde otros habían fracasado, convencer a los demás de lo inadmisibile de la antigua teoría del interés, ahorro e inversión, con lo que destruyó la antigua confianza en un equilibrio con plena ocupación.

Así las cosas, rehacer la economía de acuerdo con las exigencias del modelo basado en la libre competencia era evidentemente perder el tiempo. El capitalismo, exento de frenos, no podía seguir viviendo. KEYNES abrió la esclusa de la acción gubernamental. El dio la fórmula pensando precisamente en la defensa del sistema capitalista; por eso no puede sostenerse que implicaran sus ideas un cambio revolucionario. Pero sí implicaba, como subraya GALBRAITH, una mutación importante con relación a la antigua mentalidad. "Sustituía una doctrina que excluía al gobierno por otra que lo consideraba indispensable", aunque para algunos conservadores recalcitrantes el remedio de KEYNES era, por lo menos, tan perjudicial como la depresión que pretendía eliminarse (91).

Una segunda razón para abandonar el concepto de "crisis", creemos, obedece a una motivación psicológica, puesto que las armas de este tipo no son desdeñables en el campo de la economía, especialmente en el de los hombres de negocios. Sea por lo que fuere, lo cierto es que la idea central del desarrollo tiende a eliminar la de crisis, la teoría del ciclo se aviene mejor con él. Pero ¿quién es el elemento propulsor de los ciclos económicos? Tal y como los vio SCHUMPETER, no son más ni menos que el flujo y reflujo de la innovación, junto con las repercusiones de ahí dimanantes. Para él una economía que experimenta innovaciones desarrolla necesariamente movimientos en forma ondular. La innovación comprende inversiones de capital que aparecen en *masse* a intervalos, pero es, antes de ello, un cambio histórico e irreversible en

(91) J. K. GALBRAITH, *ob. cit.*, pp. 129-130.

la forma de hacer las cosas. Más que una cuestión cuantitativa es cualitativa, con el establecimiento de una nueva función de producción, mediante nuevas técnicas, nuevas formas de organización, nuevos productos, nuevos mercados y, sobre todo, nuevas empresas y nuevos hombres.

Aquí, de nuevo, nos tropezamos con el hombre como *fazedor* de historia; de historia económica y social. SCHUMPETER establece la innovación en función de una élite de hombres de empresa, sobresalientes, imaginativos, dinámicos, emprendedores. La aparición de unos cuantos empresarios innovadores facilita la aparición de otros, y éstos, la aparición de más, en cifras que aumentan cada vez. Aquí ve la base del "movimiento en forma ondular" de la vida económica. La expansión se produce en "tropol" y en forma "discontinua en grupos o enjambres". La innovación es la fuerza propulsiva central, causa principal de los movimientos cíclicos, que determina la continuación del movimiento masivo de los empresarios, y que en la fase ascendente termina en el boom, cuya caída, a juicio de SCHUMPETER, que en esto sigue a JUGLAR, trae su causa de la prosperidad, y no de la saturación de inversión, como opinaba SPIETHOFF. En definitiva, según su tesis, bajo el impulso de la actividad innovadora, el sistema económico se separa del contorno de equilibrio; pero cuanto más se aleja de él, mayor es la caída de nuevo al equilibrio. Este se pierde y se recupera, en una alternativa inserta en un proceso dinámico (92).

Pero no olvidemos que el SCHUMPETER de *Business Cycles* es también el de *Capitalism, Socialism and Democracy*. Y que, por tanto, las perspectivas que concede a su teoría de la "innovación" no son indefinidas. Por eso es mucho más realista la posición keynesiana, denunciadora de la gravedad del mal de la depresión. Denuncia que sirvió de cobertura doctrinal para el *New Deal* de ROOSEVELT, que es el que sirvió de base para una serie de medidas legislativas y acciones de gobierno, impulsoras de numerosos empréstitos y desembolsos públicos y de reformas fiscales, compensadoras de la escasez de la inversión privada. Sin embargo, la mentalidad del norteamericano no se prestaba para hacerse demasiadas ilusiones en cuanto a cualquier cosa que se pareciera a "dirigismo estatal". GALBRAITH ilustra esto con una frase que no puede ser más expresiva: "Si un hombre pretende proyectar una rato-

(92) Alvin H. HANSEN: *La contribución de Schumpeter a la teoría del ciclo económico*, incluido en una obra colectiva titulada *Schumpeter, científico social*, Ediciones de Occidente, S. A., Barcelona, 1965, pp. 169-175.

nera mejor, tiene espíritu emprendedor; si pretende proyectar una sociedad mejor, es un charlatán" (93).

Esta adversión al intervencionismo gubernamental ha impedido ciertamente a los EE. UU. la adopción de la técnica de la planificación, y no digamos, por innecesario, que no se ha adherido a la fórmula de la planificación central, propia de los países del Este europeo, en sus distintas versiones, sino ni aun siquiera a la llamada planificación indicativa, "a la francesa", aceptada en España. La postura estadounidense no es del agrado de quienes, aun siendo declarados anticomunistas, como ocurre con el economista sueco Gunnar MYRDAL, no confían en acciones públicas coyunturales y aisladas. "En los Estados Unidos —nos dice este autor (94)— los famosos estabilizadores integrados, que no fueron creados a título de política económica, pero que están destinados, con todo, a producir efectos económicos, han evitado hasta el presente que las recesiones se conviertan en depresiones mayores. Sin embargo, semejante posibilidad no queda por ello descartada por completo. El supuesto de que a una depresión, en caso de iniciarse, no se la dejaría desarrollarse hasta algo parecido a la Gran Depresión de los años treinta, sino que ahora provocaría enérgicas medidas gubernamentales, no debería satisfacernos. *La política, en efecto, ha de adelantarse al tiempo*, con objeto de asegurar que semejante depresión no pueda ni siquiera iniciarse" (el subrayado es nuestro). Y sigue G. MYRDAL: "... debería planearse y llevarse a cabo, con todo, la política gubernamental, ya que el presente tipo de desarrollo es poco satisfactorio, con el propósito de impulsar la economía por cauces totalmente nuevos", propugnando cambios tan fundamentales de las condiciones en que se desarrolla la economía norteamericana actualmente, que "el resultado no sólo sea un crecimiento económico por algunos años, sino también firme y seguro en el futuro".

Gunnar MYRDAL no se anda con remilgos y lo expresa sin ambages, con la mayor franqueza: él quiere para Norteamérica "una política que lleve a una expansión económica, rápida y sostenida": en una palabra: él quiere para dicho país "una planeación económica a largo plazo"; una planeación en el pleno sentido de la expresión, a base de integrar los diversos planes técnicos en un plan conjunto común para el desarrollo de la economía como un todo (95).

(93) J. K. CALBRAITH, *ob. cit.*, 129.

(94) Gunnar MYRDAL: *El reto a la sociedad opulenta*, Fondo de Cultura Económica, México, 2.ª edic. en español, 1966, pp. 16-17.

(95) Gunnar MYRDAL, *ob. cit.*, pp. 112-113.

Prescindiendo en este momento de las causas por las que se ha rechazado el empleo de la técnica planificadora en determinados países, entre los que se encuentran, entre otros, además de Norteamérica, a la que le hemos dedicado especial atención por lo que representa dentro de la filosofía del capitalismo, otras grandes naciones, como ocurre con Alemania occidental e Inglaterra, lo cierto es que, dentro del pensamiento de los más eminentes economistas, y a pesar de sus diversos enfoques, la idea del ciclo económico, con sus puntos extremos —boom y depresión— es una idea admitida por todos ellos, como una constante del sistema económico de mercado. Es una idea insoslayable porque no hace otra cosa que explicar la realidad.

El ciclo establece unas *discontinuidades* en el caminar de la historia de la economía de los pueblos que los padecen. Y marca esa historia con una trayectoria ondulante, en la que, cada cambio de rumbo constituye un acontecimiento histórico señalado. La historia, pues, se *anima* al presentar relieves dignos de mención, dignos de quedar inscritos en sus anales.

Los ciclos *no pueden delimitarse temporalmente, ni en su momento inicial, ni en su final, con precisión matemática.* No puede establecerse para ellos el día D ni la hora H. Los efectos del ciclo no surgen instantánea y fulminantemente, puesto que suelen ser producto de diversidad de causas, que confluyen, chocan, se interfieren, se entrecruzan... y cuyos resultados, además, necesitan, para dejarse sentir, el paso del tiempo, con fases de gradación ascendente o descendente, según se aparten de la zona media de equilibrio, hacia arriba —prosperidad— o hacia abajo —depresión.

Por otra parte, es lógico pensar que la duración del ciclo, partiendo del principio de que no existe entre ellos igualdad de tiempo, ha de estar en función de la importancia de la principal de las causas que lo determinen. Por ello, los largos períodos de fluctuación, con tendencia positiva y de auge, corresponden a acontecimientos de gran significado y trascendencia, como ocurrió con la invención de la máquina de vapor, el ferrocarril, la electricidad, la electrónica, etc., mientras que, por el contrario, pueden presentarse ciclos de vida fugaz, por partir de causas superficiales y pasajeras, como suelen ser muchas crisis provocadas por situaciones transitorias de tensión internacional, de desajuste del comercio exterior, u otras parecidas, superadas ordinariamente poco después de iniciarse.

No sabemos si existirá algún planificador, tan convencido de la bon-

dad y rigurosidad de su método de trabajo y de su obra, que sea capaz de sostener que, con esta técnica, los ciclos desaparecen de la vida económica. Lo que sí conocemos es que, la misma, representa un sistema en que los flujos y reflujos de una economía libre pueden verse, si no eliminados del todo, sí, por lo menos, muy amortiguados.

Podría decirse que, con la planificación, *la historia pierde interés*. Se pretende que no haya más crisis, que no haya ni incluso ciclos, y que, en su reemplazo, sólo existan planes, unos sucediéndose a otros, ininterrumpidamente. La planificación, en efecto, presupone una estrategia, montada mediante esta articulación de un plan con otro, en conexión inmediata y directa, como antes ya se dijo.

El sistema planificador responde a una dinámica de movimiento continuo, a diferencia del sistema discontinuo de los ciclos económicos. La vida planificada se pone en marcha a base de que discurra, *no por ciclos, sino por etapas*, a modo de una carrera deportiva, con una meta lejana, pero muy señalada de antemano.

Si la historia puede situarse en diferentes niveles —Fernand BLANDEL (96) se atreve a distinguir tres niveles, aunque admite que ello equivale a simplificar en extremo, pues estima que son diez, cien duraciones diferentes, las que habría que considerar— y, si en ese tríptico, el tiempo corto corresponde a una historia episódica, de superficie, donde aparece el “acontecimiento (*évènement*)”, a lo que el citado autor llama “microhistoria”; si, a media profundidad, se sitúa una historia coyuntural, de ritmo más amplio y más lento, en la que, en el plano de la vida material, sitúa a los ciclos e interciclos económicos (97), y, por último, si más allá del “recitativo” coyuntural es cuando nos topamos con la historia estructural o de larga duración, la que encausa siglos enteros. Si todo esto lo damos por bueno, en una metodología de la Historia de la Ciencia social y económica, entonces preguntamos: ¿cómo encasillaremos históricamente al movimiento planificador, por un lado, y a cada uno de sus planes integrados en el mismo, por otro?

Intentaremos no dejar este punto en mero interrogante. La planificación, en su conjunto, dirigida a un cambio de estructuras, y, por tanto, vinculada a éstas, nos atrevemos a considerarla comprendida en

(96) Fernand BLANDEL, *ob. cit.*, pp. 119, 122 y 123.

(97) Nos refiere Fernand BLANDEL que la obra maestra en esta historia coyuntural es el libro de Ernest LABROUSSE sobre la crisis (1774-1791) que sirva de rampa de lanzamiento a la Revolución francesa, titulado *La crise de l'économie française à la veille de la Révolution*, traducido al castellano bajo el título de *Fluctuaciones económicas e historia social*, Tecnos, 1962.

el periodo de larga duración, en el sentido en que es entendido por BLANDEL y otros historiadores. Los planes, cada uno de ellos, en que aquélla se descompone, mejor dicho, por los que ella discurre, pertenecen al tiempo corto. Esto es, no son más que “un acontecimiento”. Un episodio en la historia larga de la planificación.

El plan es un acontecimiento, dicho esto en el sentido antes apuntado, y no con la resonancia que tiene en el lenguaje vulgar. Es un acontecimiento carente de espectacularidad, correspondiente a la historia episódica (*événementielle*), término creado por Paul LACOMBE y adoptado por François SIMIAND.

Al calificar el plan —los distintos planes— como “acontecimiento”, en el sentido apuntado por Paul LACOMBE, y en el que recoge Fernand BLANDEL, no es por mal entendimiento de la concepción de dichos autores, quienes consideran que una sociología de lo episódico consiste en el estudio de los movimientos rápidos, efímeros, nerviosos, que registran día a día la historia del mundo que está haciéndose; historia que estiman en parte engañosa, y en la que los grandes hombres son estimados por lo general como autoritarios directores de orquesta (98). Es porque, aceptando una imagen de Emilio BETTI (99), si la dogmática nos proporciona “los ojos para ver”, sin embargo, no hay que olvidar “las gafas del tiempo”.

Lo episódico del plan, la concepción del plan como “minihistoria”, es fruto de una visión desde una amplia perspectiva, a través de “esas gafas del tiempo” a que se refiere BETTI. Es consecuencia de una concepción relativista, en función del tiempo largo, casi indefinido, de la planificación, en su contemplación total.

El plan es una de las piezas de que se compone el mecanismo planificador en su conjunto, lo que no por ello le resta importancia. Ocurre que los economistas, como agudamente ha apuntado GALBRAITH (100), por ser hombres modestos, nunca han hecho alarde del poder del arma que pusieron en las manos de sus respectivos gobiernos, poder que no se recata en estimarlo superior al de la bomba atómica (101). Pues bien,

(98) Fernand BLANDEL, *ob. cit.*, p. 123.

(99) Citado por Juan BENEYTO PÉREZ: *Historia de la Administración española e hispanoamericana*, Aguilar, Madrid, 1958, p. 22.

(100) J. K. GALBRAITH, *ob. cit.*, p. 125.

(101) Dwight WALDO, en su *Estudio de la Administración Pública*, Aguilar, Madrid, 1964, pp. 3-4, para ponderar la importancia de la Administración Pública en el curso de la historia, resalta que cuando se anunciaron las primeras explosiones atómicas hubo un profundo sentimiento de asombro ante el poder desencadenado: sentimiento que se aplicó a la ciencia física y a la ingeniería, que habían hecho posible tan formidable

una de las más eficaces armas en poder de los Estados modernos, para su desarrollo y engrandecimiento, es el de la planificación, y es un arma que se concreta y materializa en cada uno de los planes integrados en ese proceso. El plan, por tanto, es acontecimiento histórico importante, sólo minimizado desde una contemplación de lejana perspectiva.

La planificación se dirige a la superación de los ciclos; pero ¿lo ha conseguido?; ¿lo conseguirá? Creemos que la contestación no puede ser otra que la siguiente: lo ha logrado sólo en parte, y no lo logrará en el futuro más que sólo en parte también. Prueba de ello es que en bastantes naciones el proceso del planeamiento del desarrollo se ha visto interrumpido con frecuencia, como consecuencia del movimiento cíclico subyacente, perteneciente a la vida real del país, teniendo los gobiernos necesidad de crear planes de "estabilización" en contrapeso de los otros.

Empero, no hay más remedio que reconocer que una economía planificada está menos expuesta que otra sin planificar a oscilaciones bruscas y peligrosas. De momento nos remitimos al testimonio de un autor nada sospechoso de totalitarismo, George N. HALM (102), resueltamente sostenedor de la misma tesis. Y no nos extendemos más sobre este particular, porque consideramos lugar más apropiado para hacerlo el que nos brinda el capítulo donde vamos a someter a la planificación a la dura prueba de su contraste con la realidad: *Planificación y realidad*.

Desde luego, lo que sí puede ahora mismo reconocerse, como resumen y remate de los precedentes argumentos, es que la planificación puede contemplarse históricamente a tres niveles: *a*) como acontecimiento o hecho episódico, constituido por cada uno de los planes que la constituyen (tiempo corto); *b*) como fenómeno que incide en y modifica los ciclos económicos, eliminándolos o amortiguando sus efectos (tiempo medio o tiempo coyuntural); *c*) como proceso temporalmente indefinido, a través de sucesivos planes, reformador de las estructuras básicas, económico-sociales (tiempo largo).

Empleando de nuevo el concepto de relatividad, nos ha de servir ahora para hacer la observación de que lo que aquí clasificamos como tiempo corto (cada uno de los planes o programas que integran la tota-

fenómeno. Pero, anunta D. WALDO, también fue necesario, junto a los avances de la física, la existencia de una organización administrativa gigantesca, cual ocurría con el *Manhattan Engineer District*, creado especialmente para ello, como subdivisión del Gobierno de los Estados Unidos; llegando a la conclusión de que la bomba atómica "fue una hazaña desde el punto de vista humano tanto como desde el de la ciencia física".

(102) George N. HALM: *Sistemas económicos*, Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1964, páginas 133-135.

lidad del proceso) tiene una perspectiva mucho más dilatada temporalmente que la correspondiente a los actos que han servido para caracterizar y representar a lo que se dio en llamar “régimen jurídico-administrativo”. En efecto, HAURIUO, que con tanta razón había dicho en su tiempo que “*le domaine de la vie administrative est le domaine du provisoire, du revocable et du viager*”, a diferencia de lo propio de “*le domaine de la vie civile, qui est... le domaine du perpetuel et du définitif*” (103), sólo pensaba en lo que entonces sí podía calificarse de “minihistoria” con auténtico rigor: en el *acto administrativo clásico*. Y es que este tipo de acto no puede situarse ni siquiera a nivel del tiempo corto, porque éste presupone una actividad, una acción, con una cierta proyección o permanencia, de la que comúnmente carecen la mayoría de los actos administrativos más genuinos, caracterizados por su fugacidad, por su consunción, como consecuencia de su propia realización (nota que ha servido a GARCÍA DE ENTERRÍA más de una vez para definir al auténtico acto administrativo, frente a la disposición general, perteneciente al mundo ordinamental). Por otra parte, si otra de las características de la Administración ha sido el predominio en ella, como nos recuerda el mismo GARCÍA DE ENTERRÍA de la *Ley-medida (Massnahmegesetz)* o norma que se dirige a resolver un problema concreto y singular (una “medida” para afrontar una situación determinada) más que a definir un orden abstracto con vocación de permanencia (104); por el contrario, con la planificación se invierten los términos, pasando a prevalecer la normativa abstracta, genérica y duradera, lo que permite reducir el número de disposiciones y acuerdos dirigidos al “caso singular”, tan propios de la Administración no planificada.

Con todo, lo más importante no está dicho aún. Lo más significativo de la planificación no es que venga a reducir el número de actos, a la “medida” del caso singular; el número de actos dictados en “respuesta” a lo que se demande en cada situación concreta, pues más trascendente es el hecho de que la simplificación y uniformidad se opere, no por obra de una agrupación de tipos, en un encuadramiento formal, sino en un sentido más profundo, porque la uniformidad termine proyec-

(103) Citado por GARCÍA DE ENTERRÍA en su obra antes mencionada, p. 29.

(104) F. GARCÍA DE ENTERRÍA, *ob. cit.*, p. 20. En el mismo sentido, J. L. VILLAR PALASÍ (*Derecho Administrativo*, Sección Publicaciones de la Facultad de Derecho de Madrid, 1968, p. 187) ha resaltado la multiplicación de las normas administrativas, así como su rápida derogación, como consecuencia de su propia naturaleza, calificándolas de *normas-respuesta* (respuesta a necesidades sociales surgidas ya), oponiéndolas a las que llama *normas-regla*, que son las restantes del ordenamiento jurídico.

tándose en la misma vida real del país; porque la vida misma termine estandarizada y uniformada. Sería deshonesto, sin embargo, atribuir estos males en exclusiva al movimiento planificador. Creemos que algunos de ellos son productos del ambiente general de la época, en la que están pesando otras causas, que se dan también en sociedades no programadas, en poco o en nada sometidas a un régimen dirigista. Para convencerse de ello basta con proyectar una simple mirada al contorno; basta abrir la ventana, asomarse al exterior y esperar unos minutos; nosotros mismos hemos necesitado muy poco para comprobar la uniformidad en la vestimenta de las personas que han desfilado por nuestra calle en el momento en que realizamos este experimento. Hemos visto a jóvenes y a quienes ya no lo son tanto sometidos al dictado de unos cuantos grandes almacenes, vistiendo esas horrendas *trenkas*, con su capuchón y todo, tan antiestético como inservible.

Lo que no cabe la menor duda es que la planificación constituye uno de los factores que más decisivamente están contribuyendo a un tipo de vida *standard*. En consecuencia, la historia de esta vida ha de traducir, si quiere ser fiel a su cometido, esta situación.

Pero aún es más importante el hecho de que la planificación venga a operar un cambio en el número y en la condición de los centros de decisión que intervienen en la sociedad de un país programado en sus principales facetas: económica, educacional, urbanística, etc. En efecto, el fenómeno que acaba de revelarse obedece a un principio fácilmente comprensible: a mayor planificación, menor intervención decisoria en los asuntos más importantes por parte de los individuos y mayor poder para la Administración y para los órganos sobre los que recae esta tarea. En su virtud, la Historia tendrá que depender en lo sucesivo más de los hechos provinientes de los Entes públicos que de los debidos a la libre iniciativa de la sociedad.

Al ser esto así, al tener cada vez más peso la vida oficial, el oficio del historiador, aparentemente al menos, es más fácil, porque esta vida, a la vez que se va haciendo, lo va registrando todo. La Historia surge con el mismo acontecer, porque lo primero que se hace con éste es documentarlo. Por eso la primera consideración que merece un plan es la de ser un documento.

Sin embargo, no debe olvidarse que el verdadero objetivo de la investigación histórica es narrar "lo que realmente tuvo lugar"; el historiador, se nos dice, "no deberá escribir meros anales", pues "debe dar más que un registro de hechos: debe descubrir la conexión entre

los hechos" (105). Es más: comúnmente se entiende que "la Historia necesita la idea de causa para hacerse inteligible y comprensible". "Toda narración, incluso la más simple, implica una explicación de causas" (106). Ello es así porque, en general, los hechos humanos, como los demás, están conectados en cierto modo con un fundamento, visible o presunto, de su existencia. La causalidad, se ha dicho, "denota la suma de condiciones necesarias y suficientes para la ocurrencia de cualquier hecho" (107).

Lo que ocurre con la planificación es que esa suma de condiciones necesarias para el acontecer de las acciones humanas, en muchos y determinados aspectos y en ciertos sectores de actividad, no son dejadas al azar ni a la libre iniciativa de los particulares, sino que son fijadas y determinadas (en la planificación autoritaria) o recomendadas (en la indicativa) por el propio Estado o por un ente público con potestad para hacerlo (es el supuesto de la planificación de los municipios o de otros entes).

El curso de la Historia, por tanto, desde el momento en que las principales actividades de un Estado pasan a estar sujetas a un sistema de planificación, si cada vez depende menos de la acción del nombre aislado, es en tanto que cada vez depende más de la organización social y, por tanto, de la acción del Estado. Pero no es sólo esto. Porque la concentración de poderes en manos del Estado no sólo consiste en asumir parte o gran parte de los que antes estaban a disposición de los administrados, sino en disponer de ellos para una acción proyectada hacia una meta temporal lejana. De ahí que una sociedad, conformada de cierta forma —por ejemplo, en el año 2000—, pueda estimarse que la misma es consecuencia de la obra planificadora iniciada en 1950. Que la sociedad está funcionando al final de este segundo milenio en virtud de los planteamientos, las directrices, los cálculos y el montaje de los servicios iniciados medio siglo antes, de una manera deliberada, reflexiva, coordinada y concentrada en los grandes centros de decisión. Es todo lo contrario de caminar "a tientas"; de esperar a que los acontecimientos se presenten para ir viviendo "al día".

(105) Frederick J. TEGGART: *La causación en los hechos históricos*, trabajo recogido en unión de otros de MORRIS R. COHEN y MAURICE MANDELBAUM, en un libro titulado *La causalidad en la historia*, publicado por el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959, pp. 12-13.

(106) Frederick J. TEGGART, *trad. cit.*, p. 13.

(107) MORRIS R. COHEN: *La causación y su aplicación a la industria*, incluido en el libro citado en nota 44, p. 49.

Toda esta suma de factores permite, sin duda, localizar con más facilidad dónde se encuentran las causas del discurrir histórico de los Estados planificados. La Historia, por tanto, va a gravitar cada vez más sobre grandes, complejas y pocas decisiones de los Estados. Sin embargo, el pueblo ¿tiene conciencia de ello?; ¿acaso los historiadores la tienen?...

Podrá replicarse a lo anterior que la vida, planificada o no, nunca se dejará aprisionar del todo y que la libertad del ser humano siempre encontrará resquicios por donde escaparse, si existe suficiente voluntad de "originalidad". Esto es cierto, y de ello somos completamente conscientes. Lo que ocurre es que la simplificación "causalista" era necesaria para la mejor exposición del problema, pues no debe olvidarse que "la ciencia siempre escoge una fase o aspecto del mundo existente para examinarlo detenidamente" (S. P. LAMPRECHT) (108). La verdad es que, como ha escrito F. J. TEGGART (109), "lo que la experiencia nos proporciona no es una historia, sino un gran número de historias", esto es, que "la Historia no es unitaria, sino plural". De ahí el que el Estado jamás podrá pretender ser el único y exclusivo protagonista de la Historia, porque ésta, indefectiblemente, vendrá hecha por el Estado —por quienes actúan en su nombre— y por la sociedad —por quienes actúan en nombre de grupos sociales o en su propio nombre—. No habrá más remedio, pues, que tener que admitir varias —muchas— historias paralelas y simultáneas. Esto, que no se puede evitar ni en los países de economía socialista, se da con más intensidad y de una forma perfectamente natural en los de planificación indicativa, en los que los particulares sólo son "invitados" en algunas materias a seguir una determinada dirección. La *doble vía* que supone este tipo de planificación ha servido, por cierto, a P. MASSÉ (110) para hablarnos de una dualidad de planes: el plan del Estado y el plan de la nación. El mismo P. MASSÉ es el que nos brinda la oportunidad de ahondar más en el tema de este capítulo al proclamar, no sin cierta retórica, que *el plan es un reductor de incertidumbres, un creador de antiazar* (de ahí el título de su libro, como ya hemos visto).

Pero, ¿es que la planificación, o al menos la planificación vinculativa, va a ser capaz de barrer el azar en la vida de los humanos? Francamente, no. ¿Cómo va a ser capaz la planificación de erigirse en orde-

(108) Citado por Frederick J. TEGGART, *trab. cit.*, p. 20.

(109) F. J. TEGGART, *trab. cit.* p. 18.

(110) P. MASSÉ, *ob. cit.*, pp. 34-35.

nadora absoluta de la vida de las naciones si ni siquiera en el mundo físico existe una ordenación de esa naturaleza? Empecemos, para demostrarlo, por el hombre mismo, esto es, empecemos por la biología. Para no divagar, dada nuestra falta de preparación en la materia, nos vamos a servir de quien, al contrario, tiene autoridad suficiente y reconocida. Pues bien, el autor a quien aludimos nos da cuenta, en una obra que acaba de cosechar un éxito mundial (111), que “entre las modernas investigaciones en biología, algunas de las más hermosas por su metodología, como también más profundamente significativas, constituyen lo que se llama la genética molecular (BENZAR, YANOFSKY, BRENNER y CRICK). Estas investigaciones han permitido, en particular, analizar los diferentes tipos de alteraciones accidentales discretas que puede sufrir una secuencia de polinucleóticos en la doble fibra del ADN” (pedimos perdón por la transcripción de lo que para nosotros resulta casi cabalístico). Después de exponer este autor diversas mutaciones y sus orígenes, nos dice que “estas alteraciones son accidentales; que *tienen lugar al azar*” (el subrayado es nuestro), pues, continúa, “ya que constituyen la única fuente posible de modificaciones del texto genético, único depositario, a su vez, de las estructuras hereditarias del organismo; se deduce necesariamente que sólo el azar está en el origen de toda novedad, de toda creación en la biosfera. El puro azar, el único azar, libertad absoluta pero ciega, en la raíz misma del prodigioso edificio de la evolución; esta noción central de la biología moderna no es ya hoy en día una hipótesis, entre otras posibles o, al menos, concebibles. Es la *sola* concebible, como única compatible con los hechos de observación y de experiencia” (112). “Pase lo que pase —sigue diciendo—, es preciso subrayar que, aunque el principio de incertidumbre deba un día ser abandonado, todo permanecerá de modo que entre el determinismo, aunque sea total, de una mutación de secuencia en el ADN y sus efectos funcionales a nivel de las interacciones de la proteína no se podrá ver más que una “coincidencia absoluta”. El acontecimiento se quedará, pues, en el dominio del azar “esencial”. A menos, claro, de volver al universo de LAPLACE, donde el azar está excluido por definición...” (113).

Precisamente de LAPLACE se acuerda también y de su “demonio” otro autor, un físico, Arthur MARCH (114), para imaginar un mundo en el

(111) Jacques MONOD: *El azar y la necesidad*, Barral editores, Barcelona, 1971.

(112) Jacques MONOD, *ob. cit.*, pp. 125-126.

(113) Jacques MONOD, *ob. cit.*, p. 128.

(114) Arthur MARCH: *Naturaleza y Conocimientos*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1954. p. 200.

que este “demonio” sea capaz de determinar las posiciones y las velocidades de todos los átomos, no ya de un solo gas, sino de todo el cosmos, y para el cual no existieran dificultades matemáticas, de forma que pudiera efectuar, en un abrir y cerrar de ojos, los cálculos más complicados, en cuyo supuesto el mundo no sería más que un carrillón mecánico que, una vez puesto en marcha, tocara siempre la misma melodía. Un mundo con un sistema de ecuaciones, para nosotros inabarcable, que, calculando hacia el futuro y hacia el pretérito, nos podría informar de todos los destinos futuros y pasados del globo.

Esto, sin embargo, no sólo no es posible, sino que ni siquiera es apetecible. La idea del “demonio” de LAPLACE, nos dice Arthur MARCH, “ha fascinado, pero no satisfecho”. Así, pues, que nadie se alarme demasiado. En nuestro planeta Tierra no es ni imaginable que pueda llegar a implantar su poder ningún “demonio”, por muy “demonio” que sea. Y resulta muy sintomático que, habiendo sido los físicos los que en anteriores épocas pudieran sentirse con razón —con su razón— los más próximos a ese poder “demoníaco”, sean en la actualidad los primeros en cantar la palinodia, poniendo al descubierto todas las fisuras que ahora ofrece la fortaleza de su saber científico. Y no es que los nuevos físicos, los de la teoría de la relatividad y los de la mecánica cuántica, se hayan propuesto refutar y aniquilar a la mecánica clásica, como a veces se ha dicho, puesto que, al contrario, gracias a estas modernas teorías se ha consolidado definitivamente la mecánica clásica al precisarse con claridad los límites en el interior de los cuales está vigente (115).

La mecánica clásica continúa vigente, lo que no implica que pueda seguir siendo considerada válida más allá de sus propias fronteras. Estas viene a establecerlas la mecánica cuántica, que ha partido, como se sabe, del descubrimiento de PLANCK, según el cual la energía no puede existir en cantidades cualesquiera, sino sólo en los llamados *cuantos* de energía y múltiplos enteros de ellos (116).

Imaginado que se quiere medir la velocidad de una partícula en movimiento, su impulso, y determinar además el lugar en el que se encontrará en un momento determinado, los físicos modernos no muestran unanimidad sobre las consecuencias de la relación producida entre el sujeto observador y el objeto observado, pareciendo como si el *quantum* de acción pusiera una frontera infranqueable a la cognoscibilidad

(115) Robert HAVEMANN: *Dialéctica sin dogma*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1971. p. 111.

(116) Robert HAVEMANN, *ob. cit.*, p. 111.

de la realidad, obstaculizadora de un conocimiento completo de los procesos reales. Durante años, nos dice Robert HAVEMANN (117) se arrastró una discusión sobre ésta y otras cuestiones parecidas, entre BOHR por un lado y EINSTEIN por otro. Este afirmaba que la mecánica cuántica es una teoría incompleta, insuficientemente desarrollada; que el dilema discutido no muestra sino lo que aún no somos capaces de hacer, a saber: medir simultáneamente con cualquier precisión deseada las coordenadas de lugar e impulso de una partícula. Frente a esto, BOHR y otros eminentes físicos explicaron que se trataba de una nueva, esencial y particular afirmación sobre la naturaleza y que aún teníamos que aprender a comprenderla.

Quisiéramos que el lector nos perdonara por esta ya larga, excesiva digresión, aunque albergamos la esperanza de que, si tiene paciencia, quizá encuentre algún sentido a la misma, dentro del método multidisciplinar seguido en este ensayo. Pues bien, contando o abusando de esa paciencia, seguimos: Robert HAVEMANN nos informa que VIGIER y BOHM han intentado alterar la mecánica cuántica para conseguir mediante hipótesis especiales la superación de su carácter "indeterminista"; los dos deseaban volver al viejo determinismo, porque veían en la actual forma de esta mecánica un ataque al fundamento de toda ciencia natural exacta, al determinismo, entendido por la mayoría de los científicos como un determinismo mecánico, metafísico, tal como el desarrollado por LAPLACE. DE BROGLIE, VIGIER y BOHM con él intentan esta salvación buscando lo que han llamado *parámetros ocultos*, con lo que quieren expresar que en la Naturaleza hay algunas otras importantes variables aún no accesibles a nuestro conocimiento, variables que determinarían los procesos reales. Una vez descubiertos estos parámetros ocultos, sostienen, todo quedaría de nuevo como en la física clásica. Para ello, pues, la indeterminación, tal y como aparece en la relación de indeterminación de HEISENBERG, es señal de nuestro insuficiente conocimiento de las conexiones reales. Según eso, los procesos de la naturaleza aparecen como *casuales* en el sentido, por ejemplo, en que se entiende como causal en la técnica de seguros de vida la muerte del asegurado. Lo causal, nos dice HAVEMANN, se concibe así como una categoría puramente subjetiva, una categoría en la cual se expresa la insuficiencia de nuestro conocimiento de las influencias complejas, diversas y múltiples que concurren a producir el resultado final, que es en este caso la muerte del asegurado.

(117) Robert HAVEMANN, *ob. cit.*, p. 116.

En definitiva, mientras que DE BROGLIE, BOHM y VIGIER estiman que no pueden determinar esos "parámetros ocultos", pero existen, HEISENBERG considera que la relación de indeterminación —y toda la teoría de la mecánica cuántica— significa que el conocimiento de lo fáctico tiene que ser siempre imperfecto. De la mano de esto R. HAVE-MANN llega a plantear estos interrogantes: "¿Estamos obligados a decir que la casualidad de un acontecimiento es mera expresión de la imperfección de nuestro conocimiento de la génesis de aquel hecho? ¿O bien es la casualidad —y con ello el concepto de probabilidad— una categoría objetiva de la naturaleza? (118).

A estos interrogantes nosotros replicamos: si en las ciencias de la naturaleza es aún posible plantear estas preguntas, ¿qué no se podrá hacer en las ciencias sociales o ciencias del espíritu? En éstas, en efecto, la problemática de los "parámetros ocultos" se nos agiganta notoria y sensiblemente. Lo casual no podrá ser en ellas jamás desterrado, a pesar incluso de que se sostenga que el concepto de causa entró en la filosofía naturalista a través de la analogía con un reino bien ordenado, regido por el derecho (119). Ocurre, en primer lugar, que la causa no opera del mismo modo en la Historia, que en el derecho, que en la economía y que en la sociología. En el derecho concretamente, la idea de causa tiene, como sabemos, un contorno muy definido y delimitado, sin mezcla alguna de filosofismo desorientador, como podría ocurrir, verbigracia, con la idea hegeliana de la identidad causa-efecto, planteada en su "Lógica", dentro de la doctrina de la esencia (120). En el mundo jurídico no se puede perder el tiempo en la búsqueda de la esencia, puesto que no se trata de una disciplina especulativa, sino de una ciencia al servicio de finalidades prácticas, lo que la convierte, en su operatividad, en una técnica. Pues bien, dentro de ésta, la noción de causa sirve, como sabemos, como instrumento para desentrañar la razón de ser, el sentido, la finalidad, del negocio jurídico, del acto administrativo, del acto unilateral de voluntad, esto es, de fenómenos o casos singulares, y, por lo tanto, muy concretos en su acontecer. La planificación, por el contrario, representa el montaje de una acción compleja, de dilatada duración, de múltiples objetivos, en la que una gran parte de la vida colectiva de un país se ve implicada.

(118) Robert HAVE-MANN, ob. cit., pp. 117-125.

(119) Morris R. COHEN, *trab. cit.*, p. 36.

(120) G. W. F. HEGEL: *Filosofía de la Lógica y de la Naturaleza*, Editorial Claridad, Sociedad Anónima, Buenos Aires, 1969, p. 133.

De nuevo nos vamos a servir del parangón con el mundo físico. En éste, como nos dice Arthur MARCH (121), "si sabemos donde se encuentra el cuerpo en el momento cero y cuál es su velocidad en este instante de tiempo, las leyes de la mecánica nos dirán qué movimiento efectuará; en esto se basa, por ejemplo, toda la balística". Pero, continúa el mismo autor, "si el sistema se compone de una multitud de cuerpos, las circunstancias serán, por regla general, demasiado complicadas para que sea posible un pronóstico del futuro, porque las dificultades matemáticas son demasiado grandes para nosotros".

En las ciencias sociales, y más concretamente, en la planificación, la diferencia existente entre la manera de funcionar la relación causal en un caso aislado y la que se opera dentro del fenómeno a que nos referimos es igualmente enorme en sus aspectos de previsión, control y dominio de la misma. Por una parte, es muy difícil plantear la conquista del futuro por el grave riesgo de resultados imprevistos; si se confía ingenuamente en la plena efectividad de la relación causal, puesto que, como poéticamente expresó Paul VALÉRY: "El mañana es un poder escondido" (122).

El futuro es difícil de domesticar, lo que no quiere decir que el presente no plantee infinidad de problemas, como también los presenta el pasado. Cuando el historiador pase a examinar y analizar la obra realizada por el planificador con cierta perspectiva, esto es, alejado temporalmente de la época sometida a su observación, a pesar de que anteriormente hayamos dicho, en forma un tanto impresionista, que en esta materia el oficio del historiador es más fácil, "pues la Historia surge con el mismo acontecer, porque lo primero que se hace con éste es documentarlo"; sin embargo, al escribir esto, estábamos pensando principalmente en los momentos culminantes del proceso planificador, constituidos, como se sabe, por los distintos planes, que sucesivamente se van promulgando y haciendo abstracción de lo que realmente va sucediendo de un plan a otro. Por eso puede sostenerse que el historiador, aunque dirija su mirada a una época planificada, no por ello podrá descartar la idea de tener que luchar contra "poderes escondidos". Puede ocurrir en estos casos, más que una quiebra del principio de causalidad; la existencia de una concurrencia de causalidades, con las naturales interferencias y entorpecimientos entre las mismas. Y puede ocurrir también que "los poderes ocultos" aniden dentro del propio plan, den-

(121) Arthur MARCH, *ob. cit.*, pp. 199-200.

(122) Citado por Pierre MASSÉ, *ob. cit.*, p. 24.

tro de los distintos planes, si la planificación, en su conjunto, está viciada por el virus de la propaganda y el pensamiento premeditado de incumplimiento de varios o muchos de los objetivos señalados, tanto más pretenciosamente declarados cuanto más insinceramente establecidos.

Quisiéramos ahora resaltar que si el concepto de causa ha pasado, sin demasiados sobresaltos, de uno a otro mundo —del físico al social y del social al físico—; ello no debe extrañarnos demasiado, puesto que también en éstos se da otro elemento común: el concepto de ley. Por eso existen unas legalidades físicas y unas legalidades sociales. Pues bien, las quiebras o los fallos ocultos de las primeras, a que se refiere la mecánica cuántica pertenecientes al microcosmos, no son nada en comparación con los que continuamente nos ofrecen las leyes del mundo jurídico. Y no se olvide que la máxima autoridad con que puede contar la planificación es la de estar refrendada y basada en una ley. Mas en la ley, obvio es decirlo, concurren circunstancias complejas y hasta contradictorias; hay en ella a la vez prepotencia y menesterosidad; dominio y servidumbre; momentos de esplendor y de decadencia. Sabemos que en la teoría general del derecho se nos habla del valor de los actos contrarios a la ley, de los actos en fraude de la ley, de los actos de dispensa de ley (“gracia al sacar” en el derecho antiguo), de los actos de renuncia a las leyes, etc. La ley, como vemos, está siempre reinando (el reinado de la ley se dice con el mayor énfasis por los juristas ilusos) y a la vez, y por paradójico que parezca, está continuamente siendo destronada. Hoy “la relación del hombre con la ley ha cambiado totalmente”, como consecuencia de “un sentimiento muy generalizado de profundo malestar y aun de radical desconfianza”, en cuanto la ley, “en otro tiempo escudo de la libertad y del Derecho, se ha convertido hoy en una amenaza para estos bienes” (123). Todo esto es consecuencia de lo que C. SCHMIDT llamó época de “motorización legislativa”, de la “inflación de normas”, de la “crisis de la ley” y, lo que es aún más grave, de la gran desconfianza frente a los propios Parlamentos. Motivos por los que se ha llegado a pensar en la conveniencia de establecer medidas para exigir responsabilidad al Estado en cuanto legislador (124)

(123) OTTO BACHOF: *Jueces y Constitución*, Taurus Ediciones, S. A., Madrid, 1963, página 38.

(124) E. GARCÍA DE ENTERRÍA: *Principios de la nueva ley de expropiación forzosa*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1956, pp. 190 y ss.

F. GARRIDO FALLA: *La teoría de la indemnización en Derecho público*, inserto en “Estudios en honor de Gascón y Marín”, Madrid, 1952, nota 18, de la p. 420, hace alusión a que, en 21 de enero de 1944 el Consejo de Estado francés ha proclamado el principio de la responsabilidad pecuniaria del Estado en cuanto legislador.

y por lo que ya se han abierto vías en muchos países (en el nuestro, con el llamado recurso de “contrafuero”) para poder declarar la inconstitucionalidad de las leyes.

Todo lo dicho en estos últimos párrafos apenas si tiene importancia tratándose del sector privado de los países de planificación indicativa. Como en éstos, al decir de Georges BURDEAU, se pasa “del gobierno por la norma al gobierno por la persuasión” (125), ello quiere decir que la trayectoria de la economía en estos países no podrá ser seguida con los mismos criterios de observación y análisis que los a emplear en las naciones de planificación central y socialista. Como los principios más sustantivos de ésta se sacrifican premeditadamente en aras de otro principio —la libertad—, *En busca de una economía concertada* (126), el plan, al convertirse en un mero programa, elimina el simplismo de la dirección lineal imperante en el otro sistema, y la relación de causalidad histórica no puede establecerse ni con la misma visión, ni con los mismos módulos, ni con iguales resultados.

“En la planificación indicativa —nos dice W. Arthur LEWIS (127)—, la matriz de las demandas interrelacionadas está encaminada a guiar a los productores con respecto a la extensión probable de sus mercados”; pero este mismo autor a continuación sigue exponiendo que “si las cifras se fijan deliberadamente altas, éstas causarán frustración”. Y remacha su pensamiento de esta forma: “Si el plan tiene poca relación con lo que es probable que suceda, no solamente es inútil para control, es también peligroso para cualquiera que lo tome seriamente”.

Sin embargo, que nadie piense que estos males son privativos de este tipo de planificación, pues también en la planificación vinculante puede ocurrir, como apunta el citado W. A. LEWIS (128), que “cuando se hacen figurar demasiados proyectos en la lista, aquellos que se llevan a cabo no son los que contaban con la más alta prioridad, sino justamente aquellos que tuvieron la suerte de ejecutarse antes de que se acabara el dinero”.

Estamos ante una mala jugada hecha por la realidad al planificador irresponsable. La planificación, como tarea creadora de antiazar, empleando la fórmula tan grata a Pierre MASSÉ, se ve envuelta precisa-

(125) Cita de Paul Marie GAUDEMET: *La influencia de la política de planificación económica en el derecho público francés*. Escuela Nacional de Administración Pública. Madrid. 1968, p. 14.

(126) Título de una obra de BLOCH LAINÉ, citada por P. M. GAUDEMET en la obra recogida en nota anterior, p. 16.

(127) W. Arthur LEWIS, *ob. cit.*, p. 156.

(128) W. Arthur LEWIS, *ob. cit.*, p. 155.

mente en las acometidas del más puro azar. Lo que ocurre es que este autor no cayó en la cuenta que, como razonó HEGEL, en lo único en que puede descartarse *a priori* el azar, esto es, en que debe darse una situación de necesidad absoluta, es en el terreno de lo imposible. Cuando una cosa no puede ocurrir con certeza plena, no caben contingencias imprevistas ni eventos casuales. Aunque hay que reconocer, en honor a la verdad, que P. MASSÉ no ha formulado ninguna declaración categórica en oposición a lo dicho, pues no ha llegado a decir que la planificación elimine al azar, sino que es un *reductor* de incertidumbres. Así, pues, sólo en este sentido es como puede ser entendida la expresión suya de *antiazar*.

El propio P. MASSÉ se cuida muy bien de dejar a salvo los verdaderos límites de la acción planificadora al indicar que “una figura de lo por venir puede ser coherente y pertinente, y, sin embargo, quimérica, si no pertenece al campo posible de la causalidad” (129). Y aclara a este respecto que para que sirva de guía a la acción, es necesario que esa figura sea también *realizable* o *practicable*, poniendo como ejemplo el supuesto de una decisión que fijara una tasa de inversión del 50 por 100, pues dice no sería practicable al imponer una disciplina en el consumo, que los hombres no tolerarían.

En definitiva, la planificación, cuyo proceso se descompone en una serie de secuencias temporales, debe entrar en la relación de causalidad, en el sentido en que MORRIS R. COHEN distingue a ésta de otros tipos de relaciones, como la que se establece entre todo y parte, forma y contenido o cualquier otra condición abstracta, puramente lógica o matemática (130). Este postulado no está en contradicción con todo lo antes dicho sobre la gran influencia ejercida por la casualidad y el azar dentro del fenómeno planificador, pues la aparente antinomia se salva teniendo en cuenta que el concepto de causalidad no debe englobar la constricción unívoca absoluta de las conexiones causales, ya que nada puede ocurrir de un modo totalmente acausal. Lo conveniente es reconocer la transformación del antiguo concepto rígido de causalidad, igual que en la propia física ha ocurrido gracias a los conocimientos aportados por la mecánica cuántica.

Pero lo más importante en esta cuestión es el ser conscientes de que lo fundamental de la idea planificadora consiste en haber venido a romper la imagen del mundo creada por el materialismo mecanicista,

(129) Pierre MASSÉ, *ob. cit.*, p. 26.

(130) MORRIS R. COHEN, *trab. cit.*, p. 38.

en cuanto no dejaba libertad alguna para una verdadera acción. Para éste todo el futuro, incluidas todas nuestras acciones, estaba ya determinado por el pasado. La Humanidad, así, carecía de futuro, en el sentido de que no podía influir en él. Todo lo contrario, pues, de la imagen poética de nuestro Antonio MACHADO, al expresar en verso que "Si el hoy es malo, el mañana es nuestro."

A decir verdad, el mañana no es enteramente nuestro, al no gozar sobre el mismo de plena disponibilidad. Habrá siempre que contar inevitablemente con los condicionamientos, con las hipotecas del pasado, lo cual significa que el futuro no está para nosotros plenamente indeterminado, pues parte de él tendrá que ser concorde con esos antecedentes, con las coacciones ejercidas por las fuerzas económicas, sociales, históricas, etc., imperantes en el presente.

Dejamos en interrogante, para finalizar este capítulo, la proporción en que el planificador podrá jugar con el azar y la en que el azar podrá hacer lo propio con el planificador. Hay quien ha dicho —no pensando en este instituto, sino en términos filosóficos y generales— que el hombre, con su actividad, no es mera pelota con la que juegan fantásticos juegos de azares, sino a la inversa: que el hombre utiliza prácticamente la casualidad de los acontecimientos para conseguir lo que desea. Es más: hasta se dice que el hombre juega con el azar, incluso haciendo trampas (131).

(131) Robert HAVEMANN, *ob. cit.*, p. 141-143.

